

*El estudiante de “El búnker”  
y otros relatos*

XV Certamen Internacional  
de Relato Breve sobre Vida Universitaria  
“Universidad de Córdoba”

*50° Aniversario de la Universidad de Córdoba*



*El estudiante de “El búnker”*  
y otros relatos

XV Certamen Internacional  
de Relato Breve sobre Vida Universitaria  
“Universidad de Córdoba”

*50° Aniversario de la Universidad de Córdoba*



*El estudiante de “El búnker”*  
y otros relatos

XV Certamen Internacional  
de Relato Breve sobre Vida Universitaria  
“Universidad de Córdoba”

*50° Aniversario de la Universidad de Córdoba*

*El estudiante de “El búnker”* y otros relatos.  
XV Certamen Internacional de Relato Breve sobre Vida Universitaria.  
*50º Aniversario de la Universidad de Córdoba*  
Córdoba: UCOPress. Editorial Universidad de Córdoba  
12 x 19 cm, 127 pp.  
THEMA: FX

EL ESTUDIANTE DE “EL BÚNKER” Y OTROS RELATOS

XV CERTAMEN INTERNACIONAL DE RELATO BREVE  
SOBRE VIDA UNIVERSITARIA “UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA”

© Los autores

© UCOPress. Editorial Universidad de Córdoba, 2022

Campus Universitario de Rabanales.

Ctra. Nacional, IV, Km. 396. 14071 Córdoba

Telf. +34 957 21 2165

[www.uco.es/ucopress](http://www.uco.es/ucopress) – [ucopress@uco.es](mailto:ucopress@uco.es)

Esta edición ha sido confinanciada  
por la Biblioteca Universitaria de la Universidad de Córdoba

eISBN: 978-84-9927-732-5 (PDF)

*Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.*

## ÍNDICE

Prólogo.....	9
CATEGORÍA SENIOR .....	15
El estudiante de “El búnker”.....	17
Escapando del toro .....	25
El profesor, el magma y los ascensores.....	31
Improbable puntualidad.....	37
¿Y si el momento no llega nunca?.....	43
La Thatcher .....	49
Gracias, mamá .....	55
Paleobotánica .....	61
El tiempo no es lineal, es caleidoscópico .....	67
Resiliencia.....	73
CATEGORÍA JUNIOR.....	79
A través del espejo .....	81
¿Alguna pregunta? .....	87
El examen.....	93
¿Recuerdas cómo era entonces? .....	99
El banco .....	107
La teoría Expresso .....	111
Nadie sabía nada.....	117
Nacimiento filosófico.....	119
La cámara secreta.....	125
Vive, muchacha.....	131





## PRÓLOGO

La Universidad de Córdoba, en el marco de la celebración del Día de las Bibliotecas 2021, ha convocado el *XV Certamen Internacional de Relato Breve sobre Vida Universitaria*. Un año más nuestra institución muestra su interés por alentar las vocaciones y hábitos culturales de la comunidad universitaria y de la sociedad en general. Este certamen, además, ha sido una excelente oportunidad para transmitir estos valores a la ciudadanía local, provincial, nacional e internacional. El certamen alcanza en esta ocasión su decimoquinta edición y adquiere especial relevancia por coincidir en el tiempo con el 50.º aniversario de la Universidad de Córdoba. Por esta razón, se han valorado especialmente aquellos relatos que han versado sobre esta efeméride.

Esta convocatoria ha mantenido el alto nivel de participación de ediciones anteriores, pues han concurrido al certamen 209 relatos (modalidad senior: 131 relatos; modalidad junior: 78 relatos) procedentes de España, resto de Europa (Italia, Polonia, Bélgica, Portugal y

República Checa), América (Argentina, Bolivia, Chile, Colombia, Cuba, México, Perú, Uruguay, República Dominicana, Venezuela, Guatemala y Honduras) y resto del mundo (Guinea Ecuatorial, Israel y Marruecos). Ha destacado numéricamente, como viene siendo habitual, la amplia representación cordobesa, andaluza y española.

El Jurado del *XV Certamen Internacional de Relato Breve sobre Vida Universitaria "Universidad de Córdoba"* ha estado integrado por los siguientes miembros de la Comisión de Biblioteca y de la comunidad universitaria, a quienes agradezco su entusiasmo, dedicación y aportaciones (también a este prólogo):

*Presidencia:* Alfonso Zamorano Aguilar, Vicerrector de Acceso y Programas de Movilidad de la Universidad de Córdoba.

*Secretaría:* Esperanza Jiménez Tirado, Coordinadora del Club de Lectura de la Universidad de Córdoba.

*Vocales:*

- M.<sup>a</sup> Paz Aguilar Caballos, Profesora Titular de Química Analítica.
- M.<sup>a</sup> Paz Cepedello Moreno, Profesora Titular de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada.
- Soledad Gómez Navarro, Catedrática de Historia Moderna.
- M.<sup>a</sup> del Mar Granados Machuca, Profesora Titular de Medicina y Cirugía Animal.

- M.<sup>a</sup> del Carmen Liñán Maza, Directora de la Biblioteca Universitaria de Córdoba.
- Pilar Montesinos Barrios, Catedrática de Ingeniería Hidráulica.
- Antonio Sarsa Rubio, Catedrático de Física Atómica, Molecular y Nuclear.

El relato ganador de la modalidad senior, *El estudiante de "El búnker"*, ha sido seleccionado por el jurado por considerar que se trata de un relato que conecta con la actualidad la tradición universitaria de las novatas, a través de un chico que va contando en primera persona sus peripecias en *Twitter*. Con un estilo directo, aunque no exento de alusiones literarias, nos traslada a nuestro primer día de universidad, donde se conjuga el miedo a la incertidumbre con la sensación de que la mejor etapa de la vida se abre ante nosotros. Y, más allá de ello, Oliver transmite estos sentimientos mientras resuelve el misterio de una nota imprevista, que actúa como un auténtico MacGuffin de Hitchcock y lo transforma momentáneamente en un *alter ego* de Sherlock Holmes. Este artificio conseguirá su objetivo, pues esconderá hasta el final lo que la narración quiere contar.

El relato merecedor del accésit de la modalidad senior, *Escapando del toro*, transmite, desde la primera línea y como anuncia su título, una sensación de urgencia, de velocidad, que va aumentando según avanzamos en la lectura. El autor consigue introducirnos dentro del pensamiento del personaje, de forma que seamos

nosotros mismos los que sentimos ese apremio, como un toro que se nos acerca peligrosamente mientras nos dedicamos a dilapidar el tiempo. La forma de plasmar el desenlace es original, que se expresa sin ser explícito, y hace al lector protagonista de la situación que se relata en el cuento, quizás porque se trata de una experiencia compartida por muchos en nuestra vida universitaria. Así pues, tenemos ante nosotros una intensa historia de procrastinación, que tiene ritmo, es entretenida y culmina con una buena dosis de ironía en su moraleja.

El relato *A través del espejo* ha resultado galardonado con el primer premio en la modalidad junior. El juicio del jurado se ha basado en su prosa sencilla, que abunda en el uso de detalles cronográficos y topográficos, para situar al lector en los momentos principales de la acción literaria. La sutil y cuidada cita literaria de *El jardín de senderos que se bifurcan* de Jorge Luis Borges ilumina la incertidumbre que invade a la protagonista del relato, al tiempo que identifica la fugacidad de la existencia humana con dos lados opuestos del espejo: la estudiante convertida en profesora cincuenta años después. La riqueza de las diferentes figuras literarias utilizadas anima y da fluidez a la prosa, que invita a leer el relato y aviva su carácter breve, al tiempo que convierte la conmemoración del 50 aniversario de la Universidad de Córdoba en su eje cronológico.

En cuanto al accésit de la modalidad senior, *¿Alguna pregunta?*, nos ofrece una trama muy armónica en espacio, tiempo y argumento bien trabados. En el primero,

destaca la descripción casi cinematográfica de la Facultad de Filosofía y Letras, de abajo a arriba, y siguiendo la línea, como sabio hilo conductor, del pasillo; por lo que respecta al segundo, conjuga pasado, presente y futuro en un *feedback* que engancha al lector y cuyo desenlace se revela al terminar el texto; en cuanto al contenido, formación y profesión docente se dan la mano armoniosa y suavemente, sin solución de continuidad, con el denominador común de los recuerdos. Con el cincuentenario de este centro universitario como eje, surge un texto muy pulido, donde el paralelismo de los contrarios —último examen, última clase; sueño y realidad; ayer y hoy; juventud y madurez; inicio y término— desempeña un rol fundamental.

Con este conjunto la Universidad de Córdoba contribuye de nuevo a potenciar la creación humanística como elemento esencial de una sociedad plural y con sentido crítico, en el que la literatura permite al individuo crear y refugiarse en el poder y la magia de la palabra, del lenguaje, que es en definitiva aquella capacidad cognitiva que nos hace verdaderos seres humanos.

Alfonso Zamorano Aguilar  
*Presidente del Jurado*



## CATEGORÍA SENIOR





## El estudiante de “El búnker”

GABRIEL ABAD CECILIA

*1er Premio*

*Septiembre 2016,*

*Facultad de Filosofía y Letras*

«**S**i estás leyendo esto, probablemente, yo ya no esté aquí.

Mi nombre es Jorge Ortega, tengo 22 años, y estoy encerrado en ‘El Búnker’. Hace más de nueve meses dejé de ver la luz del sol, de ser capaz de conciliar el sueño. Mis ojos son dos borrones negros, reflejo de cada párrafo que escribo. Escucho susurros a mi alrededor. ¡Queda poco tiempo! ¡Ayúdame! Por favor...».

\*\*\*

Hoy es el día en que comienzo las clases, y la primera vez que pongo un pie en este edificio. Lo he hecho con una angustia que soy incapaz de describir con palabras. Incertidumbre por doquier. Lo desconocido, al otro lado de la(s) puerta(s). Me siento más perdido que un *hobbit* en mitad de una aventura sin Gandalf. Además,

ver cómo la Facultad ha aparecido en *Cuarto Milenio* tampoco ayuda.

Aunque apenas he cumplido la mayoría de edad, sí hay una cosa que tengo muy clara, motivo por el cual he venido aquí desde Madrid. Mi primera vez fuera del nido familiar...

Ese sueño, en particular, embarga cada poro de mi piel, y me hace vibrar con una emoción tan intensa, que hace que me sienta como en una nube, *que se diría toda de algodón, que no lleva huesos*. Sueño por el que voy a luchar con uñas y dientes, esperando no acabar mellado.

Es cierto que, el temor a equivocarme de camino, o la duda de si seré amante de la soledad por tiempo indefinido, por no caer bien a nadie, o si disfrutaré de la experiencia que me aguarda, siguen perennes en mi cabeza (tanto que debería empezar a cobrarles el alquiler).

La guinda del pastel a tanto cacao mental y reflexiones para conmigo la ha puesto ese tal «Jorge Ortega»: no tengo idea de quién puede ser. He ido un momento al cuarto de baño, y sin saber cómo, he encontrado esa nota en mi mochila.

Siendo sincero, me inquieta no saber qué le ha podido pasar. A simple vista, apostaría por un secuestro. De ser así, ¿quién me ha podido entregar el papel y por qué? ¡Maldita sea! Esa *cuenta atrás* ha puesto en alerta mis sentidos, que ahora se debaten entre si recurrir a algún profesor, ir directamente a la Policía, o ¿por qué no?, conseguir que Iker Jiménez haga una *aparición* estelar.

Lo siento, cuando estoy nervioso, empiezo a decir tonterías.

«Oliver Márquez, preste atención a las explicaciones, por favor».

Ahora tengo que atender en clase de Lingüística y dejar de escribir por aquí, por *Twitter*. No os preocupéis, seguiré actualizando.

Andrea Durán es una de mis compañeras del Grado de Filología Hispánica.

No he podido concentrarme en toda la hora, y le he tenido que contar el motivo por el cual no dejaba de mover la pierna, tan intranquilo. Pese a no conocernos de nada, se ha ofrecido a acompañarme y preguntar en Conserjería por Jorge Ortega. Sé que allí no voy a encontrar ninguna caja de *personas perdidas*, pero imagino que, si algo importante hubiese ocurrido, alguien debería saberlo.

Negativo. Nadie ha oído acerca de ninguna desaparición.

Es por eso que, Andrea y yo, hemos decidido jugar al *Doctor Watson y Mister Holmes*. Vamos a empezar interrogando a los delegados de todos los Grados, puesto que, a pesar de que dice tener 22 años, no tiene por qué estar en cuarto año, quizás haya ingresado en la Universidad un poco después. Ya se sabe que para seguir aprendiendo no hay una edad estipulada, nunca es demasiado tarde. Si no lográsemos nada en claro, intentaremos averiguar dónde puede estar ese *búnker*

que menciona Jorge en su *S.O.S.* Lo importante es esclarecer el asunto lo antes posible.

El desconcierto que sentimos en estos momentos no tiene parangón.

Jorge Ortega no existe. Ningún delegado le conoce. Dicen que no hay nadie matriculado con ese nombre en ningún curso de ningún Grado. O me están tomando el pelo, o temo haber perdido el juicio. Juro que no me he inventado la nota. La tengo en la palma de la mano en estos momentos. Andrea también la ha leído. Tampoco entiende nada. Respecto al *búnker*, no tenemos ninguna pista. No se trata de ningún pub de la zona, ni siquiera el nombre de algún aula. Aunque, claro, si tuvieran secuestrado a Jorge, no lo habrían encerrado en lugares así, tan concurridos de gente. ¿O sí? A veces, somos incapaces de ver lo que tenemos justo delante.

Hoy tengo clase por la tarde. Pero antes, he de recoger un documento en el despacho de la profesora de inglés. He tomado un pasillo del ala nueva, y un sudor frío me ha recorrido la espalda al ir a tocar su puerta. Escrito en un nuevo *post-it*, se encontraba la siguiente indicación:

CMU XX-860-11.

Búscame.

Haciendo caso a la sugerencia de Andrea, hemos ido a la biblioteca. Según ella, parecía la consigna de un libro. La bibliotecaria nos ha dicho que esa obra

no estaba disponible en la Facultad, pero que se trata de *El niño inocente*, de Lope de Vega. Estamos a punto de irnos, cuando una conversación entre dos alumnos llama mi atención.

—Vamos a ‘El Búnker’. Allí podremos hablar un poco más alto.

Resulta que ‘El Búnker’ es como conocen a la zona inferior que hay en la biblioteca, bajando las escaleras, a mano derecha. Realmente, sí parece un búnker de verdad, salvaguardando todos los libros, como el tesoro que son.

Con cautela, Andrea y yo recorremos cada pasillo de estanterías metálicas, repletas de libros, hasta que, al fondo, cerca de unos ordenadores, hemos encontrado a mi hermano Diego, sentado con los chicos a los que había oído antes.

—¡Ya era hora, Sherlock! Empezaba a aburrirme de esperarte.

—¿De qué hablas, Diego? —le digo, confuso.

—¿Acaso no estás buscando a Jorge?

—¿Le conoces?

—Eres aún un poco inocente, hermanito, pero aquí vas a espabilarte. ¿Recuerdas a qué he venido hoy a la Facultad?

—A repasar el TFG.

—Después de nueve meses sin pegar ojo, encerrado entre cuatro paredes, escuchando cómo la gente hablaba en susurros, al fin, lo defiendo mañana.

Mi cara es un poema. No doy crédito a lo que estoy escuchando.

—¿Y lo de «yo ya no esté aquí»? Espera, ¿cómo sabías dónde estaba en cada momento?

—Cuando me gradúe, voy a hacer un Máster en Edimburgo. Y, tengo un espía particular...

Guiñó el ojo a uno de los chicos situados su lado, revelándose como su novio.

—Eres imbécil.

—Oli, no suelen hacer novatadas, pero no quería perder la oportunidad de darte mi *bienvenida* especial antes de marcharme. Solo ha sido una broma, para que no olvides que, aunque ames estudiar, tienes que divertirte. Va a ser la mejor etapa de tu vida, ya lo verás. ¡Ah! Mira el lado positivo: ya has hecho una amiga...

\*\*\*

Septiembre 2028,  
Rectorado

—Estimados estudiantes, tengo el honor de presentarles a dos de los exalumnos más brillantes, a quienes impartí clase antes de ser Rectora, y ahora profesores de la Universidad de Córdoba: el escritor Oliver Márquez, ganador del Premio Planeta por *El estudiante de 'El Búnker'*, y su esposa, la doctora *Cum laude* en Lingüística, Andrea Durán.

## Escapando del toro

MIGUEL DOPICO GRAÑA

*Accésit*

Este es el año. Este cuatrimestre, sí o sí, me pondré a repasar desde el primer día para que no me coja el toro. Si cada tarde me dedico a releer los apuntes, seguro que llego mucho más preparado al examen y no necesito pegarme el atracón de todos los años. Así que vamos allá: «*La integral doble de una función positiva de dos variables representa el volumen de la región entre la superficie definida por la función y el plano que contiene el dominio de la función*».

Estoy muy orgulloso de mi renovada fuerza de voluntad. Ayer repasé la lección y hoy me dispongo a hacerlo de nuevo. Con esta actitud, voy a llegar sobrado a los exámenes si no decaigo, de modo que manos a la obra: «*La integral doble de una función positiva de dos variables representa el volumen de la región entre la superficie definida por la función y el plano que contiene... (bip, bip)*». Vaya, me preguntan si quiero ir a tomar una caña. Tampoco voy a decirles que no, no quiero ser maleducado. Además,

no todo va a ser estudiar en esta vida y este año tengo la mentalidad de repasar a diario, por una tarde de relax no pasará nada.

«*La integral doble de una función positiva de dos variables representa el volumen de la región entre la superficie definida por la función...*». Pero qué guapa es Claudia. Hoy estuve embobado toda la clase mirando para ella. ¿Tendrá novio? Si en algún momento me atrevo a quedar con ella, la llevaré al restaurante peruano que han abierto en el centro, tengo ganas de probarlo. Voy a mirar el menú a ver si añadieron algo nuevo.

Ayer flojeé un poco, pero no pasa nada, estamos empezando el curso aún. Si le doy un poco más de caña hoy, recuperaré el tiempo perdido: «*La integral doble de una función positiva de dos variables representa el volumen de la región entre la superficie definida...*». Qué calor hace por dios. Es que vaya tarde de piscina que se ha quedado. La verdad, para un día que hace sol, sería una pena no salir a la calle a aprovecharlo, que luego ya las tardes se hacen más cortas y apetece menos salir. Creo que lo más prudente es salir a dar un paseo, no vaya a ser. Voy a avisar a estos por si quieren hacer algo y mañana ya sí que me pongo en serio.

Mierda, no me había dado cuenta de que esta tarde había quedado para jugar un partido de fútbol sala. En cuanto me levante de la siesta, me pondré a estudiar un poco, pero a las siete me tengo que ir: «*La integral doble de una función positiva de dos variables representa el volumen de la región...*». Las siete ya, el tiempo vuela.



Madre mía, ¡qué resaca! Ayer se nos fue de las manos el asunto. Mira que dijimos que una y para casa, pero somos unos desgraciados. Nos lo pasamos muy bien, pero no sé yo si hoy estaré en condiciones de estudiar: «*La integral doble de una función positiva de dos variables representa el volumen...*». Que va, que va. Este dolor de cabeza es insoportable. Estudiar así es perder el tiempo, mejor me pongo a ver una serie o algo, y a ver si mañana me encuentro mejor.

Es una pena porque hoy sí que estaba mentalizado para estudiar, pero me escribió Claudia para quedar y no puedo dejar pasar esta oportunidad. Llevó colado por ella desde que la vi en clase, y aunque llevamos meses de tonto, aun no habíamos quedado nunca los dos solos. El estudio es importante, pero la universidad también son otras cosas. Hay que relacionarse con la gente, vivir experiencias y construir recuerdos. Así que voy a ver si puedo construir uno bueno hoy.

No lo entiendo. Si llevo repasando desde que empezó el cuatrimestre, no sé por qué no se me quedan las cosas en la cabeza: «*La integral doble de una función positiva de dos variables representa... nosequé*». Menudo desastre estoy hecho, parece que lleve estudiando este tema desde que se fundó la Universidad hace cincuenta años, y ni por esas. Mira que este curso estoy intentando llevar las cosas al día, más o menos, pero siempre hay algo que... (*bip, bip*). Me tengo que ir, que nos invita Lucas a comer unas pizzas y echar una timba de póker en su casa. Este cabrón lo que quiere es cotillear

a ver qué tal nos va a Claudia y a mí, que llevamos ya varias semanas saliendo.

«*La integral doble de una función positiva de dos...*». Hay una mosca en la habitación. La oigo, pero no la veo. ¿Dónde estará? Si es que le tengo la ventana abierta a ver si se escapa, ¿cómo se puede ser tan tonta? Venga a dar vueltas y vueltas en vez de dirigirse a la ventana, que es lo que tiene que hacer. Le estoy dando la oportunidad de ser libre y la está desaprovechando. Como en diez minutos no se vaya, voy a coger una revista y entonces ya será demasiado tarde. Que no se diga que no la avisé con tiempo.

Claudia y yo acabamos de romper, hoy no tengo humor para estudiar. Hoy toca sofá y manta para reposar la cabeza y llorar mi tristeza.

Debería haber empezado antes, pero la casa estaba sucísima y así no había quien se concentrase. Me ha llevado un buen rato, pero ahora ya sí tengo el ambiente adecuado para el estudio: «*La integral doble...*». Vaya, dejé un papel arrugado ahí tirado en la esquina de detrás de la puerta. Venga, si lo encesto en la papelera me pongo a estudiar a saco. Mierda. Bueno va, si encesto dos de tres me pongo. No, no, mucho mejor. Si en diez tiros encesto la mitad, aprobaré esta asignatura.

Mierda, mierda, mierda. Todos los años igual. No aprendo. Mira que me digo todos los cursos lo de repasar a diario, pero acabo siempre apurado el día antes. Ya verás qué noche me espera: «*La integral doble de una función positiva de dos variables representa el volumen de la región entre*

*la superficie definida por la función y el plano que contiene el dominio de la función. La integral doble de una función positiva de dos variables representa el volumen de la región entre la superficie definida por la función y el plano que contiene el dominio de la función. La integral doble de una función positiva de dos variables representa el volumen de la región entre la superficie definida por la función y el plano que contiene el dominio de la función».*

Menos mal, libré por los pelos. Eso sí, el cuatrimestre que viene, sí o sí, me pondré a repasar desde el primer día.



## El profesor, el magma y los ascensores

MARÍA CONCEPCIÓN JIMÉNEZ BARRERA

**E**scribo desde mi celda en la cárcel de Soto del Real y, mientras observo desde mi ventana los prados que rodean el Penal, me pregunto: ¿cómo me ha podido pasar esto?, ¿tiene relación con todos los fenómenos inauditos que están sucediendo últimamente? una pandemia, una nevada con nombre de mujer que parecía no tener fin y cuya nieve no se derretía, una tormenta de arena que ha enturbiado el cielo de la ciudad y la ha cubierto de un manto rojo...

Soy profesor de Geología y he desarrollado mi labor docente durante treinta y cinco años en la Facultad de Geología de la Universidad Complutense de Madrid, donde residía con mi esposa y mis dos hijos.

Durante mis años de docencia en la Universidad he recibido numerosas muestras de afecto por parte de mis alumnos y exalumnos y la relación con mis compañeros de departamento ha sido siempre fluida, dado que tengo un carácter apacible y tiendo a ser bastante tolerante.

Estoy especializado en Vulcanología y dirigía en la Facultad un proyecto de investigación sobre magmatismo en el área volcánica del Campo de Calatrava, en Ciudad Real.

También era el director de varias tesis doctorales sobre la evolución de los magmas.

Ahora, desde mi celda, donde he tenido tiempo de reflexionar, creo comprender lo que me ha sucedido estos últimos años:

Después de tanto tiempo explicando los procesos asociados al magmatismo, mi organismo ha comenzado a comportarse como un magma que es capaz de integrar y asimilar parte de las rocas encajantes de la cámara magmática en su camino de ascenso a la superficie, cambiando su composición química, así como sus características físicas, originando erupciones volcánicas más o menos explosivas según su grado de viscosidad: a mayor viscosidad, mayor explosividad.

Pues bien, me he debido de transformar en una especie de magma orgánico viscoso y explosivo. No se me ocurre ninguna otra explicación racional para ese fenómeno.

Todo empezó hace unos cuatro años y de una manera casi imperceptible al principio. En la Facultad, mi Departamento se encontraba en la tercera planta del edificio y las aulas donde impartía mis asignaturas, en la planta baja. En algún momento empecé a sentir cierto desasosiego y una especie de agitación cuando tomaba

el ascensor para subir al Departamento, pero no lo consideré importante, pensé que sería algo pasajero.

Durante la pandemia, las clases en la universidad no eran presenciales y para evitar el contagio no compartía el ascensor con nadie.

Cuando las clases volvieron a ser presenciales, comenzaron mis verdaderos problemas: impartía una clase de Geología de primer curso en la planta 11 de la Facultad y ya se podían compartir los ascensores. Pues bien, de nuevo se produjo el fenómeno y, además, con efectos acumulativos, dependiendo de la altura y del tiempo transcurrido. Al ascender se producían cambios no solo en mi carácter, también en mi aspecto físico, imperceptibles en la primera planta e incrementándose en las superiores: en el ascensor iba asimilando e integrando características físicas e intelectuales de quienes compartían el ascensor conmigo, como ocurría en el proceso de evolución magmática. El proceso se invertía al descender a nivel del suelo.

Tomé conciencia de estos cambios cuando impartía mis clases diariamente y durante meses en la planta 11. Si me acompañaba un grupo de jóvenes estudiantes, al finalizar el trayecto me encontraba lleno de energía y vitalidad, como si hubiese rejuvenecido. Era algo increíble. Si compartía el ascensor con compañeros de otros departamentos o de otras facultades, era como si mi mente se enriqueciera con sus conocimientos.

Pero esta especie de «proceso osmótico» incluía también, al principio, una sensación de desasosiego,

como ya había percibido antes de la pandemia y, después, una agresividad incontrolable que aumentaba con el ascenso a las plantas superiores.

Y llegaron los problemas:

Consideré que podría alcanzar la sabiduría y la perfección absolutas y empecé a experimentar, seleccionando cuidadosamente a acompañantes y edificios: a mayor altura, mejores resultados, pero también mayor agresividad.

Mis clases eran más caóticas cada vez, no podía estructurar mis explicaciones, que a veces mezclaban la Geología con la Filosofía o las Matemáticas, el Arte o cualquier disciplina que había adquirido al compartir ascensor con expertos en las mismas. Sufría ataques de animadversión hacia determinados alumnos, no siempre los mismos. Cuando respondía a sus preguntas lo hacía en un tono hostil, e incluso llegué a insultarlos.

Perdí mi trabajo en la Universidad y también perdí a mi familia.

Estaba obsesionado y seguía experimentando, pero abandoné cuando agredí a una persona en un ascensor al ir a visitar a unos amigos que vivían en la planta 16.

Transcurrido un año me contrataron en una consultora medioambiental con sede en la planta 58 de una de las torres de la Castellana y, al ascender, mi cuerpo entró en erupción...

Y aquí estoy en mi celda. No pude controlarme, soy una persona pacífica, pero...



## Improbable puntualidad

FRANCISCO SÁNCHEZ EGEA

Firmemente sujeto a un asidero del autobús urbano en que viajaba, don Justo Calero Salgado estructuraba mentalmente los acontecimientos sucedidos en una de las mañanas más extrañas de su vida, preparando la explicación que habría de presentar ante el Defensor del Universitario si no conseguía llegar a tiempo al examen de 4.º B. Exasperado por la cachaza de los semáforos en rojo, el profesor miró de nuevo su reloj. Habían pasado las doce. Se encontraba ya en el límite de demora que establecía la normativa universitaria, y aún estaba demasiado lejos. La perplejidad que venía acompañándolo se evaporaba al calor de la frustración y la impaciencia. Docente de convicciones inamovibles, tan estricto e intransigente con sus alumnos como consigo mismo, había faltado solo una vez en toda su vida profesional a una prueba oficial, otorgando entonces el aprobado general porque, según sus propias palabras, ningún estudiante tenía la culpa de las historias que a

él le pasaran. Pero esta última mañana se encontraba mucho menos vulnerable que aquella aciaga en la que enterró a Pancho, y la irritación *in crescendo* que sufría iba a eliminar la más mínima posibilidad de regalar nada a nadie. Virgen Santa, pensó, qué día de mierda.

Noventa minutos antes, don Justo, haciendo gala de su carácter precavido, salía de casa con la antelación acostumbrada, esa que le dejaría margen de maniobra ante cualquier tipo de imprevisto. Cerca de su vehículo, aparcado en la calle de siempre, una joven apoyada sobre una columna de un soportal se cruzó en su camino sin apartar la vista del libro que leía y tropezaron, empapando el café que ella sostenía la camisa impoluta del profesor. La muchacha pidió disculpas mientras se alejaba a paso ligero, dejando al otro con sus injurias contra la juventud. Menos mal que he salido con tiempo, se dijo volviendo a casa para asearse y cambiarse el atuendo.

A las 10:47 horas, el profesor giraba la llave de la puesta en marcha y arrancaba el motor de un antiguo automóvil que brillaba como nuevo. Apenas había conducido unos quinientos metros cuando se percató de las vibraciones extrañas del volante. Estacionó en el primer aparcamiento que encontró libre y se apeó para comprobar que, como se temía, la rueda trasera derecha estaba completamente vacía. No había notado ningún pinchazo mientras conducía el día anterior, pero tal vez algún clavo incrustado en el neumático la había desinflado durante la noche. Antes de que pudiera

imaginarse sacando el gato para colocar la rueda de re-  
puesto, vio un taxi libre acercándose y levantó la mano  
instintivamente.

Con desabrido talante, ordenó al taxista que se diri-  
giese a la Universidad. Este intentó un par de veces en-  
tablar una conversación, pero la brusquedad manifiesta  
del pasajero le invitó a candar el pico.

Todo sucedió muy despacio. El automóvil andaba al  
ralentí en su incorporación al paseo. El ciclista pedalea-  
ba parsimoniosamente. A don Justo le parecía increíble  
que, a pesar del frenazo de ambos, la rueda delantera  
de la bicicleta impactase suavemente contra el lateral  
del coche. Hasta la caída del chico, que tuvo tiempo de  
apoyar un pie, fue flemática. Más ridícula que el gol-  
pe se presentó la posterior discusión de los afectados,  
polémica que el taxista pausó para decirle a su cliente  
que lo sentía, pero debía firmar un parte amistoso con  
el tío ese, porque mañana iría diciendo que le dolía el  
cuello y le buscaría la ruina. Se ofreció a llamar a un  
compañero, pero el profesor, dirigiéndose hacia la boca  
de metro que había en esa misma esquina, le dijo que  
no hacía falta, que cogería el transporte público.

Dentro del suburbano, don Justo se relajaba un  
poco al comprobar, tras medir el lapso entre estaciones  
para calcular la duración del recorrido, que llegaría a  
su destino con poco retraso. El alivio fue fugaz. Nos  
vamos a estrellar, sacadme de aquí, gritó una voz fe-  
menina. Tres personas preocupadas acudieron en auxi-  
lio de la mujer que chillaba, el resto le prestó atención

cuando activó el freno de emergencia. Encogida sobre sus rodillas, temblando y respirando entrecortadamente, la mujer sacó de su bolso una caja de Lorazepam y colocó una pastilla debajo de su lengua. Pobrecilla, dijo uno, es un ataque de pánico, mi hermano los sufre. El mismo hombre que había hablado se encargó de avisar al conductor de que nadie corría gran peligro, con el fin de que el convoy pudiera moverse cuanto antes. La mayoría de los viajeros, unos empatizando con la enferma, otros por no parecer insensibles, se armaron de paciencia, actitud loable teniendo en cuenta la vorágine de sus ajetreadas vidas, y esperaron con un mutismo dramático a que el tren reanudase la marcha. Al haberse detenido en una estación y tener el vagón las puertas abiertas, don Justo no se encontraba ya entre ellos, sino en la superficie, subiéndose a un autobús que iba directo a la Universidad. Ese en el que, bien pasadas las doce, seguía estructurando mentalmente los acontecimientos sucedidos en una de las mañanas más extrañas de su vida.

El vehículo se paró en la avenida principal del Campus. ¿Qué pasa ahí delante? Parece que hay un chico tumbado en el paso de cebra, alguien lo está colocando en posición de seguridad, escuchó don Justo. Y se hartó. Abran las puertas, bramó. Tal fue su tono autoritario, que estas se desplegaron al instante. Saltó del autobús y salió disparado hacia la Facultad.

Y, así, corriendo como no lo hacía desde los noventa, empapado en sudor y luchando contra su resuello de

jabalí herido, don Justo halló la clarividencia oculta tras el estresante torbellino: una rueda vacía un día de examen, lo frío que estaba el café que le había manchado, la casualidad del taxi justo al aparcar, lo oportuno de un desmayo o tropiezo en mitad de un paso de cebra, el disparatado accidente a cámara lenta... Vio incluso a la mujer que había detenido el metro subiéndose en la misma parada, dos vagones más allá. Empezó a correr aún más rápido, empujado por la ira.

Varios alumnos proponían tímidamente levantar acta cuando el profesor entró en el aula con ademanes furiosos y el rostro descompuesto. Los miró a todos, uno a uno, encolerizado. Aquí estoy, alguno de vosotros ha intentado joderme, si no todos, pero aquí estoy, no tengo pruebas, si lo cuento me tomarán por loco, reforzaría la opinión generalizada de que ya no estoy para dar clase, pero me da lo mismo, os he vencido. Eso fue lo que pensó mientras recuperaba el aliento. Guarden sus apuntes y apaguen sus móviles, se limitó a decir.

Antes de hacerlo, uno de ellos escribió en su teléfono: Gracias por intentarlo, gente, pero el *Rompétitulos* ha llegado a tiempo.

Al otro lado de la ciudad, un sujeto escondido bajo una gorra y unas gafas de sol leyó el mensaje. Mierda, dijo. Confiaba en no tener que llegar a tal extremo, pero no se permitió un instante de duda: la beca estaba en juego. Descolgó el auricular de la cabina en la que se apoyaba, introdujo una moneda, marcó el número de la Facultad y alertó de una bomba en sus instalaciones.



## ¿Y si el momento no llega nunca?

CARMEN DE SILVA MARTÍNEZ

La vida no me lo puso demasiado fácil. A los diecisiete tuve que empezar a trabajar por imposición paterna. Hubiera preferido un millón de veces ir a la universidad, como muchos de mis amigos, pero en casa hacían falta manos trabajadoras que levantaran un poco la economía familiar. Mi destino fue ayudar a mi madre en la panadería y no me opuse, lo hice más que con gusto con resignación, pero la espina de la universidad se quedó hibernando en mi alma como un oso polar, esperando con paciencia la llegada de la primavera para poder salir por fin. Pero la primavera, en mi caso, tardó treinta y tres años en llegar. Fue la tarde de un viernes frío de finales de febrero cuando caminaba del brazo con mi mujer por la calle Rosario Vázquez Ángulo.

—Antonio, ¿has visto ese anuncio?

—¿Cuál?

Clara tiró de mi cuerpo para retroceder unos pasos hasta ponerme de cara al aviso y empezó a leer en alto.

«¿Quieres cumplir tu sueño de acceder a la universidad? No te lo pienses. Acceso para mayores de cuarenta años. Nosotros te preparamos y tú haces el resto».

—Estás de broma, ¿no?, ¿pero tú te has vuelto loca? Te recuerdo que tengo ya cincuenta años y la vida hecha.

—¿La vida hecha? No digas sandeces, la vida no deja de hacerse hasta que uno se muere, Antonio, y siempre has dicho que la universidad era tu asignatura pendiente, ¿por qué no ahora?

—Sinceramente, creo que no es el momento.

—No conozco mejor excusa para no hacer algo que decir que no es el momento ¿Y si el momento no llega nunca?

Clara me dejó completamente callado. El resto de la caminata lo hicimos en silencio, yo dejándome guiar, ella llevando el paso y la dirección. Cerca ya de nuestra casa, en la Plaza de la Trinidad, noté un ligero cambio de dirección que no me pasó inadvertido, pero no dije nada intuyendo la jugada. Unos cinco minutos después pasamos por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Córdoba y las piernas empezaron a temblarme.

—¡Mira! —dijo Clara como si el hallazgo hubiera sido casual— No sé si es el destino o pura casualidad, pero cumple cincuenta años, los mismos que tú, y están de celebraciones, ¿echamos un vistazo?, quizás nos puedan informar.



—No, no, está llena de chavales, ¿no ves que es época de exámenes?, ¿qué van a pensar de dos *viejunos* agarrados del brazo? —dije con el corazón saliéndoseme del pecho.

Haciendo caso omiso de mis quejas, Clara me asió más fuerte del brazo y aceleró un poco el paso para evitar que me escapara. Yo iba como un toro al matadero, no quería mirar, no quería escuchar, no quería tocar, pero mis sentidos se rebelaron. La espina durmiente se movió de su sitio dándome una punzada en el pecho y empecé a sentir lo que mi cuerpo llevaba décadas queriendo sentir. Aquella monumental portada de piedra por la que tantas veces había pasado me pareció esta vez la puerta de acceso al mismísimo cielo. Notando mi excitación, Clara aflojó la presión y me empujó para que me soltará de su brazo y tomara yo las riendas. Caminando como un autómatas, llegué a un hermosísimo patio. Al pisarlo creí morir, me faltaba el aire, me sobraba la ropa, mis ojos no daban abasto para observar cada detalle de su imponente sobriedad, pero sobre todo era el ambiente, esa algarabía tan propia de los estudiantes, sus libros, sus apuntes, sus prisas, sus preocupaciones relativas, sus cuchicheos, su felicidad incluso estando de exámenes... Todo era maravilloso, todo menos yo. Por momentos me veía como uno más, charlando, sonriendo, estudiando, haciendo fotos con el móvil de las tareas pendientes, pero al instante sentía que desentonaba y pensaba: «¿qué hago yo aquí?».

—¡Hola!, perdona, ¿eres el profesor de Introducción a la Arqueología? —me interrogó una chica muy joven con unos enormes ojos verdes.

Su pregunta hizo que de inmediato saltara como un resorte en mi cabeza el comentario de Clara: «¿y si el momento no llega nunca?». Me armé de valor y con la mejor de mis sonrisas le contesté.

—No, pero quizás algún día lo sea, dame tiempo.

El lunes siguiente llamé al teléfono del anuncio, me matriculé en el curso y empecé a estudiar como un poseo compaginando el estudio con el trabajo y las tareas de casa durante todo el mes de marzo y parte de abril. «Sarna con gusto no pica», me decía para animarme, aunque vaya si picaba, apenas dormía cinco horas al día.

El dos de octubre le pedí a Clara que me acompañara a mi primera clase en la universidad porque no sabía si iba a ser capaz de entrar. Me dejó en la puerta, como a los niños chicos, y allí me quedé plantado, echándole un órdago a la grande a mi sueño. «Vamos, Antonio, no te vas a echar atrás ahora que lo tienes tan cerca», me espoleé a mí mismo, y con una respiración profunda atravesé el umbral de la Facultad de Filosofía y Letras para empezar mi grado en Historia del Arte.

—Perdón, ¿el aula de Introducción a la Arqueología, por favor? —pregunté a un bedel con la voz un poco entrecortada por el miedo.

Seguí sus indicaciones y llegué sin mucha dificultad. Nervioso, entré en la clase con la mirada fija en el sitio

libre más cercano y allí me senté, en la segunda fila, al lado de un chaval con pinta de bebé que era más que evidente que estaba aún peor que yo. No sé por qué extraño motivo, su temor hizo que me sintiera más fuerte, tanto que me atreví a echar una ojeada hacia detrás y, madre de Dios, ¡qué increíble panorama! Salvo por el bebé y por mí, la clase era un completo jaleo de saludos, encuentros, presentaciones, zumbido de móviles, felicidad, deseo contenido y olor a futuro. A los pocos segundos, cuando entró el profesor y dijo un sonoro: «Bienvenidos, nueva hornada de alumnos de Historia del arte», me eché a llorar, no pude evitarlo. Cogí el libro, los folios y el boli y salí simulando un ataque de tos hacia el pasillo, tapándome la cara con las manos para que ninguno de los veinteañeros que por allí pululaban me viera en tan embarazosa situación. Pero alguien lo hizo.

—¿Lloras de felicidad? Eso es que lo conseguiste. ¿Ya eres profesor?

Levanté la mirada y vi a la misma chica de los enormes ojos verdes de la otra vez que me miraba con una mezcla inexplicable de ternura y extrañeza.

—No, aún no, pero dame tiempo —le contesté con las mismas palabras que entonces. Entonces, sentí de nuevo la punzada en el pecho y escuché un leve ruido, como si algo se hubiera caído al suelo. «Por fin ha salido la espina», pensé, y volví a clase sonriendo.



## La Thatcher

LOURDES ASO TORRALBA

Llegar a la universidad después de un año de clases *on line* tiene su aquel. Se han perdido las maneras y uno duda de si alcanza el nivel. Si aprendió algo haciendo presentaciones en *power point* y si la calificación de la EBAU hizo justicia a los conocimientos o hubo algo de manga ancha para barrer a una generación de adolescentes con acné hacia las puertas del abismo. Si de haber tenido un examen de acceso, habría cumplido con las expectativas de la Thatcher (no *teacher*), que nada más hacer las presentaciones, repartió un par de folios de normativas de conducta.

—Léalo en voz alta.

«Norma número uno: para cuando llegue el profesor, todos los alumnos deben permanecer ya en sus asientos, con los bolígrafos sobre la mesa y guardando silencio.

Norma número dos: No se permitirán comentarios, ni interrupciones durante la clase.

Norma número tres: Será considerada falta grave cualquier conducta que implique una falta de respeto a los docentes, sancionada con la expulsión entre tres y quince días en función de la normativa vigente.

Norma número cuatro: Queda terminantemente prohibido el uso del teléfono móvil en el interior del recinto universitario, en las aulas y, durante los exámenes, implicará un suspenso irrevocable».

El listado continuó en esos términos y, al finalizar la lectura, no se escuchaba ni el zumbido de una mosca. Si alguno pensó en una novatada, enseguida cambió de parecer. La Ingeniería de Computadores era la carrera con más abandonos y la profesora, que no superaba la treintena, los barrió con los ojos antes de asegurar que solo quedarían los mejores. Que no hacía falta Métodos Estadísticos para la Computación ni Diseño de Algoritmos para llegar a esa conclusión.

Durante los siguientes sesenta minutos habló de probabilidades, binomios, varianzas y medias. Golpeaba el puntero sobre la pizarra electrónica a tal velocidad que imaginaron estar ante un simulador de lectura rápida desarrollado durante la Segunda Guerra Mundial para abatir a los aviones enemigos.

Para casa mandó resolver un problema:

Una cadena de *routers* para Internet vende tres marcas diferentes distribuidas en un 50 %, 30 % y 20 %, con la oferta de un año de garantía para posibles averías por producto defectuoso. Solo un 25 %, 20 % y 10 % requiere algún tipo de intervención.

a) Calcular la probabilidad de que un *router* tenga que ser reparado.

b) Calcular el número de *routers* vendidos, de cualquier marca que no necesiten reparación durante la garantía antes de vender uno que sí lo necesita.

La respuesta fue por unanimidad:

a) En pleno siglo XXI no es necesario tener un *router* para acceder a Internet por lo que la probabilidad de tener que reparar algo que no se ha comprado es el equivalente a cero.

b) Es condición sine qua non comprar un producto en perfecto estado. Resulta impensable pagar una factura por un *router* que necesite reparación. El número de *routers* vendidos debe ser el equivalente al cien por cien de la producción, a no ser que quiera cerrar la empresa.

c) Calcular la moda varía en función de la época del año y de la Pasarela de París.

d) La entropía, según Boltzmann, es tan irreversible como este estado mental causado por una asignatura indescifrable.

e) Se usa como medida de concentración (atento he estado a las explicaciones de clase) el coeficiente de curtosis, una medida adimensional, invariante frente a los cambios de escala (de voz y similares) y que con valor positivo tiene una distribución puntiaguda, como cuando se afila un lápiz.

Solo un examen que venía sin nombre en el encabezado, sin DNI y sin ningún tipo de identificación,

alcanzó el nivel de sobresaliente, con las soluciones correctas y el desarrollo digno de un erudito y no de un estudiante de primer año.

Durante los siguientes días, el Director encendió las cámaras de vigilancia y se afanó en cazar al único alumno que había actuado por libre. Ese uno por ciento que con toda probabilidad terminaría la carrera.

La Thatcher aseguraba que no había ningún lumbrera entre esa nueva remesa de aspirantes, mientras revisaba una vez más la cinta.

—Allí. Rebobine. Amplíe la imagen.

Director y profesorado no daban crédito a lo que veían.

La señora de la limpieza repasaba los encerados y sacaba de la papelería los folios arrugados que se echaba a los bolsillos del delantal.

—¿Cuánto tiempo lleva usted...?

Roja como una grana, barruntando la expulsión, no pudo por menos que sonarse los mocos con el trapo del polvo y limpiarse los restos con la bayeta.

Ante su azoramiento, le propusieron un acertijo, calcular la recta de tendencia del consumo mediante el método de mínimos cuadrados, estimar el consumo para el mes de abril y calcular el precio real del kilo de pan teniendo en cuenta la evolución del IPC.

—Tal como está el mundo, mejor me lo preguntan dentro de un mes —respondió en voz alta, mientras que mentalmente había dado las cifras exactas que,



director y profesora recogieron de la papelera y comprobaron espantados que, de ser verdad, iban a pasar hambre.

Norma décima: los alumnos con derecho a examen habrán de haber abonado el importe de la matrícula.

Ninguna limpiadora con familia numerosa, hipoteca, gas, luz y cesta de la compra a precio de caviar, podía permitirse estudiar en la universidad, a menos que hubiera una probabilidad de que el día tuviera veintiséis horas y le lloviera alguna beca.

—¿Le gustaría?

—A mí lo que se me da bien, es limpiar —respondió barriendo con la escoba su único sueño: graduarse.



## Gracias, mamá

MARÍA VICTORIA LÓPEZ JIMÉNEZ

Mamá, de ti aprendí a ver lo bueno de todas las cosas. Incluso tu Alzheimer tiene su lado positivo: Has perdido los recuerdos dolorosos de nuestra vida. Ya no recuerdas que papá no está, ni recuerdas lo que era aquel virus que vino de Oriente arrasando todo y nos dejó sin él.

Sin embargo, recuerdas tu boda, las anécdotas repetidas una y otra vez de cuando yo era una niña, el cortijo en el que te criaste con tu abuela, te acuerdas de leer y cada mañana sigues sentándote frente al periódico a empaparte de las cosas que pasan en el mundo. Como siempre.

—María, tienes que participar en este certamen literario sobre la vida universitaria —dijiste ayer con tus grandes ojos fijos en el periódico que leías en la terraza. —Mira, lo convoca la Universidad de Córdoba, donde estudiaste tú, por su Cincuenta Aniversario. Seguro que a papá también le parece una buena idea.

Me senté a tu lado y ojeé las bases del certamen mientras tomaba mi café con leche... Qué curioso que recordases que estudié en Córdoba y no lo difícil de aquellos cinco años. Y que pienses que papá sigue vivo. Es una suerte, mamá.

Me remonto al verano de 1990. Había terminado el curso con buenas notas y pocas fuerzas. Estaba más cansada que nunca. Al principio papá y tú lo achacabais al esfuerzo del estudio por la temida *Selectividad* y a los viajes que dimos desde Almería a Córdoba para matricularme en la Universidad, buscar residencia y todos aquellos trámites necesarios para iniciar aquella nueva etapa de mi vida.

Empecé a tomar vitaminas, pero seguía igual o peor, además había perdido peso y estaba cada vez más pálida. Así empezó aquel peregrinar por distintos hospitales, como tú decías. Antes todo era más lento que ahora, los viajes, las citas médicas, los diagnósticos...

## 1

Llevaba ya unos meses instalada en mi residencia universitaria cuando el diagnóstico escrito en el papel cayó como una losa sobre mí: Leucemia. Yo no sabía cómo decíroslo a ti y a papá, pero os lo tomasteis con fuerza y ánimo. Vuestra entereza tiró de mí como el viento de Levante cuando me empujaba en Almería y estaba tan delgada que casi no tenía que hacer el esfuerzo de andar.

Mis cinco años de carrera en Córdoba supusieron una convivencia a veces complicada entre mis estudios

universitarios y la enfermedad. No siempre estuvieron en buena armonía, como un matrimonio de convivencia. Épocas de enorme mejoría y posteriores recaídas. Cinco años de subidas y bajadas. Como el mar que dejé en Almería con sus mareas altas y bajas.

Así transcurrió mi vida de estudiante en Córdoba: fiestas universitarias y festín de pinchazos y medicamentos; patios de mayo y patios de hospital; quimioterapia y terapia de salidas con amigos por la Judería a tomar vinos y flamenquines; viajes de estudios y viajes a otro mundo con anestesia general; flores en el hospital y calle de Las Flores; tus rezos frente al Cristo de los Faroles y mi cruz: una enfermedad que pesaba demasiado para una muchachita estudiante de Veterinaria.

Siguiendo nuestro lema de vida de quedarnos con lo bueno, cuando echo la vista atrás me quedo con el apoyo de las personas que entonces me cuidaron: mis compañeros de clase y de la residencia, los amigos que brindaron conmigo en la Judería cuando las analíticas eran buenas —que eran los mismos que me abrazaron cuando estaba molida tras las quimios— la familia y amigos de Almería que me mimaban cuando tenía que pasar largas estancias en casa porque no podía más. Y me quedo contigo y con papá, a quienes nunca vi llorar ni quejarse, que me leáis los apuntes de la Facultad que me pasaban los compañeros. Aquello fue decisivo para no venirme abajo: el mantenerme conectada con mi vida normal, con mi juventud, con mi vida universitaria...

El último año de universidad empeoré, los autotrasplantes habían fallado. No había mucha más solución que un trasplante de médula de donante. Ni papá ni tú dudasteis en haceros las pruebas para ver si vuestras médulas eran compatibles con la mía. Cosa poco probable pues no compartimos ni una sola gota de ADN al ser yo hija adoptiva. Milagrosamente, la compatibilidad de tu médula y la mía fue muy alta.

## 2

Entraste en el quirófano y esta vez era yo la que te esperaba en la habitación vacía mordéndome una a una todas las uñas, acariciando la mano suave y fuerte de papá.

Tras el éxito del trasplante de tu médula, juntas llegaron —como una pareja bien avenida— el alta de la enfermedad y la graduación. Curada y licenciada.

Y te hago caso y escribo todo esto —dedicado a ti, mamá— para ese certamen literario. Y es que yo solo me quedé con lo bueno (como tú y tu Alzheimer) de mi vida universitaria: las salidas nocturnas con los amigos, los paseos por el Puente Romano mirando al río, las tardes de risas y estudio en la biblioteca, los patios cordobeses, las catas y la feria en mayo, las risas de papá en la Judería, la amistad y la humanidad de mis compañeros y profesores y el mejor regalo que me han hecho nunca: tu médula.

Gracias mamá.

## Paleobotánica

RAFAEL SÁNCHEZ PÉREZ-VICO

Aquella noche de septiembre no podía conciliar el sueño. Sabía de sobra que pocas oportunidades más me quedaban para poder colgar mi fotografía con la orla de historiador en alguna estantería perdida en casa de mi madre y, siendo además el Cincuenta Aniversario de la Universidad de Córdoba, tenía la vaga esperanza de que también me obsequiaran con una mezquita de marfil, siendo miércoles el día de tal insomnio, y viernes el día que tenía que acudir al patíbulo para la última recuperación de recuperaciones: «Paleobotánica».

Al no poder dormir, me levanté de la cama y fui hasta la nevera para ver si alguna lata en conserva extrañada me pudiera hacer el efecto de diez valerianas. Al llegar, una nota escrita en arameo por mi compañero de piso después de una salida triunfal por las tabernas de Córdoba, yacía sobre la última lata de atún: *«Lo siento mucho, este fin de semana no he podido ir a mi pueblo a por*

*pertrechos*». Abatido, volví a la cama a pensar en aquel examen que decidiría mi vida. Podría haberme levantado para estudiar, no lo niego ni desmiento, pero la mesa donde estaban mis libros y apuntes estaba sepultada por un *Everest* de ropa sucia y botellas vacías, por lo que entendí que tardaría más en despejar la zona que en encontrar los libros. Desechada la idea del estudio nocturno, di vuelta tras vuelta en la cama hasta que mis ojos se cerraron por fin, jurándole al techo de aquella habitación que a la que saliera el sol, yo estaría estudiando Paleobotánica.

Sobre las dos de la tarde del día siguiente amanecí y, con aire decidido aquella mañana de jueves, aparté todo de la mesa con un soberbio empujón y conseguí encontrar mis apuntes de Paleobotánica calzando la mesa. «*La paleobotánica es una disciplina y una ciencia...*», comencé la lectura, pero antes de poder continuar con la siguiente frase, la puerta del piso se abrió de par en par y un tropel de pasos, gritos y botellas chocando en el interior de bolsas de plástico inundó mi santuario para el estudio. Salí de mi habitación para ver quién provocaba semejante tropelía, y una decena de individuos, de todos los colores y razas ya habían conquistado el salón y la cocina. Una fiesta *Erasmus* en mi propia casa secundada por mi compañero de piso.

Me apresuré a coger migas de pan del día anterior y como pude las introduje en mis oídos a modo de tapones contra el infernal sonido que desprendían aquellos invasores traídos desde todos los confines de Europa.



Decidí hacer caso omiso a aquella verbena y me sumergí de nuevo en el apasionante mundo de la Paleobotánica. Justo antes de empezar a estudiar en qué estación del año se sembraba la col lombarda en el Paleolítico, me vi envuelto en reyerta dialéctica en aquel salón con un chico polaco, Jodorosky, que me aseguraba haber sobrevivido a la batalla de *Stalingrado*. Después de varias horas rememorando la contienda a orillas del río Volga, conseguí hacerlo entrar en razón con el irrefutable argumento de que, cuando sucedió aquel enfrentamiento, él todavía no había nacido, y de haber nacido, muy probablemente no estaría ahora mismo en una fiesta *Erasmus*. La chanza de aquella barbarie se extendió hasta bien entrada la tarde, y al ver yo que ningún europeo del este se batía en retirada, tuve que recular a la biblioteca más cercana. No tenía ni la menor idea de donde pudiera estar dicho edificio, mitológico para algunos y desconocido para mí por aquel entonces. El bueno de Jodorosky quiso acompañarme e indicarme el camino, pero rehusé sus servicios cuando lo vi varado en la ribera del retrete, expulsando la metralla provocada en *Stalingrado*.

Perdido, desorientado y hambriento vagué por las calles de Córdoba en busca del Santo Grial convertido en biblioteca que me sirviera de refugio para mi estudio. A eso de las diez de la noche encontré la puerta de entrada. Majestuosas letras adornaban aquellos portones de madera antigua: «*BIBLIOTECA*», junto a un cartel que me indicaba que sobre las nueve de la noche los bibliotecarios ya habían abandonado el lugar. Volví corriendo

a casa por sí, dada la bendita casualidad, los europeos ya se habían replegado. Pero al doblar la esquina de mi calle pude ver —y sobre todo oír— como Jodorosky, junto con otros camaradas, bombardeaban la calle desde la ventana del salón con sendos obuses de orín. Mientras me alejaba del lugar, abochornado por la escena, un furgón de la Policía Nacional se dirigía en dirección contraria a la mía y, al poco, unos disparos restallaron por toda la calle. Nada más volví a saber de Jodorosky.

Desolado por el examen del día siguiente, acudí al *Long Rock* pensando que algo de buena música me aliviaría y ocuparía en mi cabeza el lugar que deberían ocupar los útiles primitivos para la siembra. Después de golpear mi intelecto a golpe de vasos vacíos y baladas melancólicas durante horas, regresé de nuevo hasta mi piso, siendo ya la madrugada del *Día D*. Al abrir la puerta de casa, solo quedaban los vestigios de una guerra entre inocentes jóvenes europeos.

Cuando llegué a mi habitación para poner punto y final a aquella noche en vísperas del examen final, un desorientado individuo en ropa interior había ocupado mi cama. Quizás aquel usurpador de alcobas fuera la más última señal para que no decayera en mis intentos por el estudio hasta la salida del sol. Como tal me lo tomé, y los ronquidos de mi acompañante, al que no quise despertar, me mantenían en alerta y me impedían dormir, desterrando toda somnolencia y pudiendo estudiar hasta la recogida de frutos en el Paleolítico.

El primer rayo de sol sobre las hojas paleolíticas me indicaba que el final estaba cerca. Cerré el libro y acudí a la ducha en busca de la serenidad que no tuve el día anterior. Dejé al roncador roncando e hice una huida hacia delante hasta el examen. Frente al aula, respiré hondo y besé mi bolígrafo azul, aquel que siempre me había acompañado en todos los exámenes de la carrera, un amigo que nunca falla, y que con sus últimos trazos estaba seguro del *paleobotánico* aprobado.

Sentado en la mesa donde recibiría mi correctivo, miré a ambos lados y las caras que allí vi no las tenía por conocidas, ni siquiera me resultaba haberlas visto en las clases de Paleobotánica. Repartidos los exámenes entre todos los presentes, el profesor dio orden inequívoca de darle la vuelta a los mismos y comenzar la escaramuza. Poco atónito quedé al leer la cabecera de la página, cuyo título rezaba «*Europa s. XX: La batalla de Stalingrado*». Lejos de que aquel contratiempo menguara mi gallardía ante un papel, el espíritu de Jodorosky se apoderó de mi bolígrafo azul y juntos comenzamos a rellenar hoja tras hoja, una derrota tras otra derrota hasta la gran victoria final.

A los días me enteré de que el examen de Paleobotánica había sido la semana anterior, pero poco o nada me preocupé porque sobre aquellas hojas me encargué personalmente de honrar la memoria del joven Jodorosky, la cual quedaría plasmada por los siglos de los siglos.



## El tiempo no es lineal, es caleidoscópico

BARLIN ORLANDO OLIVARES CAMPOS

—¿Crees que exista un plátano hembra? —era aquella voz dulce, pero con un tono de curiosidad y expectativa. Esas fueron las primeras palabras de Rocío. Estábamos en la Biblioteca de Rabanales cuando ella me dirigió la palabra; minutos antes, yo me había presentado ante mis compañeros en voz alta y justamente hablé de mi propuesta de investigación doctoral relacionada con los bananos, llamados *plátanos* en España, pero que en Venezuela se les conoce como *cambur*, porque el *plátano* en Venezuela viene siendo el *plátano macho* en España. Es muy curioso, pero el *plátano macho* para los venezolanos, es solo *plátano*, así como se lee, sin el macho, sin la hembra, sin género, solo *plátano*. De allí nace la curiosidad de Rocío.

Casi instantáneamente, se me vinieron a la mente aquellos recuerdos de la infancia en Venezuela, pero, sobre todo, de mi hogar, que fue aquella casa rural en

Turmero con un jardín trasero repleto de plantas tropicales de todo tipo: mango, aguacate, lechosa, guayaba, guanábana y cambur. Este último siempre estaba presente en la mesa familiar.

Desde muy pequeño, siempre recuerdo las palabras de mis padres, cuando se referían a la planta de Cambur, por ser una planta exótica y distinta a otras, con tallo subterráneo (es decir enterrado, pero que no es una raíz), y con un tallo, que en realidad es un falso tallo, debido a que son grandes hojas entrelazadas las que forman esa especie de tallo, y dejar a un lado lo curioso del racimo, que puede llegar a pesar cientos de kilos y, aun así, la planta resiste ese racimo sin quebrarse.

Al instante, Rocío me preguntó:

—¿Por qué escogiste Córdoba?

Le respondí:

—Particularmente nunca imaginé estudiar en la Universidad de Córdoba (UCO), y mucho menos, hablar e investigar sobre el cambur o el banano en tierras repletas de olivos, de inmensas almazaras, de artífices del aceite y, de deliciosas aceitunas; donde los bananos solo se consiguen en el supermercado; pero considero, que fue un reto profesional y personal que lo abordé con mucho entusiasmo, ganas, corazón y un par de maletas de veintitrés kilos, que recogían treinta años de mi vida en Venezuela, dispuesto a encontrar un lugar mágico, que me brindara bienestar, tranquilidad, serenidad y sobre todo, calidad de vida, confiando en que ese lugar que anhelaba como nuevo destino, era Córdoba.

Huir de aquel país donde en su subsuelo reposa la mayor reserva probada de petróleo del mundo; un país de abundancia, riqueza y crecimiento, esa era Venezuela. Un país que crecía rápidamente en aquella época denominada por muchos, como la época dorada (1950-1980). Pero que con el pasar del tiempo se fue deteriorando al punto de tener hambre y no tener nada que comer.

Es inevitable recordar aquella tarde abrumadora de noviembre de 2016 en Turmero, llena de confusión y perturbación, donde pude ver cómo una especie de polvo se elevaba en el aire como una fina niebla y cómo, casi instantáneamente, me vi obligado a cerrar los ojos, no podía abrirlos, era una sensación de ardor que recorría desde la nariz hasta la garganta con una fuerte opresión en el pecho a causa del gas lacrimógeno, el mismo, que echaron a familias enteras, como la mía. Queríamos comprar alimentos; pero lamentablemente ese día no hubo cambur en la mesa.

Ese triste y devastador episodio marcó un antes y un después en mi vida, me motivó a echarle ganas, aun y cuando todo el alrededor era un caos representado por la miseria, pobreza y opresión. Fueron momentos difíciles, pero lo bueno vendría ciento cincuenta días más tarde, con mi llegada a Córdoba, la cual estuvo estupenda, no solo por la feria y las fiestas en mayo, sino por el montón de cosas buenas que me pasarían por ser estudiante de doctorado.

Hoy en día, todas las experiencias que he estado viviendo las considero infinitas y muy atractivas. La

conjunción de los valores culturales, naturales y académicos, aterrizaron en la UCO y me permitieron ver la vida desde los colores de Andalucía, desde el gentilicio cordobés, con sus sabores y sus aromas, con sus monumentos y patrimonios, desde el ímpetu científico y tecnológico que caracteriza a esta *Alma mater*.

Ha sido un arduo camino, por todas las estancias de investigación doctoral que realicé, llevando el tema del *Cambur* a varios países; fue un periplo de fascinantes vivencias que cautivaron mi corazón. Sin duda un catálogo inmenso y variopinto de bonitos lugares, pasando por lo exótico e imponente de la provincia de Misiones en Argentina; recorriendo el corazón de la zona agrícola chilena representada por Talca; navegando por las aguas cristalinas y de arenas blancas del archipiélago de Bocas del Toro en Panamá; continuando por aquella ciudad llena de flores y abundante vegetación como en Heredia, Costa Rica; y finalizando este largo viaje de estancias internacionales en la cordillera central de los Andes Colombianos, en pleno eje cafetero y de fondo las palmeras más altas del mundo.

Durante todo ese periplo, me di cuenta de lo maravilloso que ha sido formar parte de la gran familia de la UCO. Las posibilidades de crecer profesionalmente de la mano de esta institución fueron valiosas, mi labor como embajador de la UCO me permitió degustar todas las pinceladas de anécdotas, vivencias, olores y sabor a banana que forman parte del legado más tradicional: la agricultura.



Finalmente, viendo de fondo la capilla del Campus, rodeado de la monumentalidad propia de la arquitectura de aquella época, y pensando en la gratitud a Dios por permitirme venir con mi tema del *Cambur* a tierras del Guadalquivir, recordé el momento en que pude responderle a Rocío aquella duda sobre la existencia del plátano hembra. Le dije:

—No estoy muy seguro de que exista la hembra del plátano macho, pero, de lo que sí estoy plenamente seguro, es de que, si comes cambur, plátano o banana, serás más feliz, porque contiene triptófano que causa una gran sensación de bienestar. Te dará energía y además es un buen alimento para atrasar el envejecimiento.

—Vale, pues a comer Cambur —dijo ella.

Entre risas, y reflexionando un poco, siento que todo lo vivido, pasó por alguna razón, y estando en suelo español, en medio de una pandemia, me detengo a pensar en el gran acervo que llevo intrínseco, con la música llanera en la memoria y la actitud cargada de mucha gracia, riéndome de cada uno de los infortunios a lo largo de estos años, sin darle tanta importancia.

Hoy cuento los días para poder ver a mi familia, para estar en mi tierra, esa tierra que ha sido muy golpeada y maltratada pero que está allí, resistiendo, por su gente que día a día, con fe y fuerza la exaltan, la misma fuerza que tiene la planta del cambur para resistir el enorme peso del racimo.



## Resiliencia

ALIRIO ALBERTO HERNÁNDEZ ROJAS

Transcurridos alrededor de diez minutos desde mi llegada, aún mantenía el informe de investigación cobijado con ambas manos, sin haber leído más que el pequeño cartel de *SILENCIO*, que colgaba en el interior de la pared frontal en la espaciosa biblioteca. Mis pensamientos transitaban entre alterada sinapsis y aletargadores recuerdos, exhibiendo un reciente pasado convertido ahora en pesar y nostalgia. En esos momentos, mi condición neural sumía en un mar de incertidumbre mis ganas de vivir, y la duda había secuestrado la otrora placidez inmersa en mis horas de sueño.

Un incesante ir y venir de la puerta de vidrio que daba entrada a estudiantes de pre y posgrado, rompía la casi absoluta quietud del recinto que alberga las más disímiles corrientes del saber humano, y particularmente, las más novedosas conclusiones de infinidad de estudios e investigaciones, amparados estos en el dedicado apoyo prestado por la casa de estudios universitarios.

Y es que el *alma mater* que coronó con espigas de orgullo mis grados obtenidos, y luego me permitió alcanzar mi *alter ego* como docente titular, se constituye ahora en instrumento para mis ganas de superar los efectos del incipiente Párkinson, que amenaza con impregnar mis futuras jornadas de asesoría económica y financiera. (Ya en la inminencia de mi retiro de las aulas de clases, enrumbé mi todavía extensa vida útil hacia la consultoría de empresas en situación de impago, y cualquier otro menester que tenga que ver con la Economía como profesión). Fue en pleno desempeño de mi oficio de profesor, donde los primeros síntomas se acercaron a mi hasta entonces satisfactoria salud. Abordaron mi rutina diaria, sumando cada día más episodios al anterior, y haciéndose más obvios en intensidad y frecuencia.

Pero bueno, ahí estaba, dispuesto a enfrentar lo que mi predisposición genética había anunciado —como estimada probabilidad— que me acompañaría en mi madurez, sin siquiera tener que desgastar la incómoda necesidad de invitarle a vivir conmigo. Mi ánimo vital se batía en penosa lid, con la visión de futuro que llenaba de amargor la realidad que estaba enfrentando. Comenzaba, entonces, a experimentar un sentimiento de añoranza de mis sesiones de enseñanza (y a la vez de aprendizaje) que saturaban la zona de confort de mi vocación pedagógica. Pensé que la adversidad me había alcanzado antes de conquistar la añosa meta que siempre había anhelado, en la que me veía entre tomos y

tesis, leyendo conclusiones y resultados parciales de orden cualitativo, cuantitativo, o mixto, de diversas investigaciones dentro del orden científico y social. Y es que la Universidad de Córdoba ha sido desde sus inicios —hace ya cincuenta años— una especie de cofradía, donde sus miembros han encontrado el soporte necesario para configurar el culmen ideal de las inquietudes alojadas en cualquier académico con deseos de aportar algo sustancial a la humanidad.

Pues bien, esa visita a la biblioteca obedeció a mi necesidad de abordar mis días por venir, a la obligación que me he impuesto de conocer en la medida que me sea posible, al menos las características más resaltantes del padecimiento que llegó para quedarse, y ser mi inseparable compañero hasta que la muerte nos convierta en desechos de carne y nervios. Las investigaciones de mis colegas profesores al respecto darán luz a la encrucijada en que ahora se convierte mi camino, al tiempo que mi inalterada resolución a la consecución de mis objetivos mantendrá el horizonte que siempre he querido observar en el discurrir de mi existencia, cada vez que me asome erguido a mi afán de prosperidad.

En lo personal, los ajustes requeridos para acoplarme a mi situación actual, deberé asumirlos con la entereza que la realidad impone, y poco a poco iré desgranando los avances del padecimiento, que hasta este momento no asimilo como devastadores. Mi disposición al logro se mantiene intacta, y eso anota un punto a mi favor. Mis hijos, ya independientes, seguro estoy

de que se convertirán en columnas de soporte para mi lucha, y mi compañera de vida —mi amada esposa— será el estandarte que enarbolaré en el solaz de mi paz hogareña.

En cuanto a mi vocación, creo que mi desempeño docente recorrió confortantes caminos entre benefactores de la enseñanza y personajes del aprendizaje, convirtiéndose muchos de estos últimos en la nueva generación académica requerida, en un mundo que minuto a minuto va aumentando la exigencia a quienes globalizamos la interacción humana. La inmanencia del hombre universitario, pues, inmersa en una impronta que desvela el rostro del saber compartido, en un clima de total respeto, acompañamiento y sabia instrucción, como rutina estandarizada en los predios academicistas, de los cuales nunca querré despedirme desde mi orgullo y mi realización.

Ese día, cuando al fin decidí abrir el compendio de conclusiones experimentales del equipo de investigación, supe de la combinación de imágenes en 3D e inteligencia artificial para diagnosticar el grado de afección del Párkinson, lo que podría ayudar a medicar a los pacientes tratados contra esta enfermedad. Las imágenes en 3D, son capaces de detectar la densidad de las proteínas encargadas de transportar la dopamina, neurotransmisor esencial en el control del movimiento, del que obviamente he comenzado a adolecer.

La demostrada solidaridad de estudiantes y profesores, junto a mis compañeros del personal administrativo

y demás trabajadores de la Universidad, ha sido clave en el proceso de asimilación y proyección de mi desempeño futuro.

La amorosa recepción hogareña a mi nueva condición, y las muestras de afecto de amigos y familiares, le imponen a mis ganas una dinámica que deberé administrar con la mejor de las actitudes, y eso es, en este momento, determinante en mi pensamiento de vida. El sol seguirá brillando para iluminar el trayecto, y las aves no detendrán sus colores para lucir su alto vuelo. La sonrisa seguirá siendo por siempre la alegría del aliento, y los amaneceres continuarán hermoseando las succulencias del disfrute. Todavía me queda un largo y prometedor camino por recorrer, lleno de recompensas, satisfacciones, honrosas canas, y una imperceptible (en mi empeño de salir adelante) disfunción neural. El que mi abuelo materno haya padecido este trastorno en su adultez mayor, me hizo ineludible heredero del tremor corporal, al que no pienso entregar jamás mi voluntad de ser. ¡Soy amo del milagroso don, de tener aún toda una cautivadora vida por delante!...





## CATEGORÍA JUNIOR



## A través del espejo

ESTRELLA CUEVAS SALGUERO

*1<sup>er</sup> Premio*

Caminaba pensativa por las calles abarrotadas de gente. Era un día soleado y precioso de primavera y se notaba en el ambiente: turistas desorientados disfrutando de la calidez del clima, niños correteando y jugando en las fuentes, el gentío entrando y saliendo de los centros comerciales o agolpado en las heladerías. El calor auspiciaba la inminente llegada del verano. Ella, mientras tanto, se dirigía a la Facultad de Filosofía y Letras, ese lugar que la había visto crecer y convertirse en la mujer que era ahora. Hoy realizaba su último examen, se sometía a la última prueba; después de eso, dejaba atrás al que había sido su hogar durante cinco años con la promesa de regresar algún día.

En ese momento, pasaba por la exposición de la Plaza de las Tendillas con motivo del Quincuagésimo Aniversario de la Universidad de Córdoba. Echó un vistazo rápido a las fotos que la ilustraban, mientras zigzagueaba entre los diferentes cubículos que la

formaban. Qué coincidencia, justo ese año, ella, por fin, se graduaba. No pudo evitar que la nostalgia la invadiera...

Mentiría si dijera que no lo echaría de menos. Habían sido años de sacrificio, de días interminables, de noches en vela, de dosis de café, de dudas, de crisis existenciales, incluso de alguna que otra lágrima. Pero, por encima de todo, se le venían a la mente las largas y animadas conversaciones en el patio de la cafetería, las risas que amenizaban esos días que parecían no tener fin, los ratos compartidos con su mejor amiga entre clase y clase, el apoyo y la ayuda mutua, los abrazos compartidos, el saberse un miembro más de una familia de catorce maravillosas personas que siempre quedarían en su corazón.

Pero también sentía miedo. Incertidumbre, tal vez. Una parte de ella se había pasado parte de los cinco años deseando terminar la carrera, pero, ahora, no estaba tan convencida. Siempre le habían dicho lo importante que era labrarse su propio futuro, escoger el camino correcto y abrirse las puertas oportunas. Pero, la verdad, estaba hecha un lío. El futuro o, más bien, su futuro era todavía un enigma que debía resolver. ¿Qué pasaba si se equivocaba?, ¿si tomaba el camino equivocado?, ¿si no abría las puertas adecuadas?

Estos pensamientos surcaban por su mente mientras avanzaba por las estrechas calles de la Judería. Estaba a cinco minutos de su destino y ya notaba cómo los nervios comenzaban a aflorar. Conocía perfectamente esa

sensación de inseguridad, de anticipación, de preocupación porque todo saliera bien, porque todo el sacrificio realizado valiera la pena. La había experimentado en muchas ocasiones durante esos cinco años y le era tan familiar... Quizás, era la última vez que volvía a sentirse así, o quizás no...

Intentó calmarse, entró en la Facultad y se encaminó hacia el aula donde tendría lugar el examen. Se encontraba en la planta alta, así que subió por las escaleras situadas junto a la entrada principal. A medida que iba subiendo, un sentimiento muy extraño empezó a apoderarse de ella. No sabía cómo describirlo. Intentó ignorarlo, seguro que eran los nervios por el examen o el cansancio por haber dormido poco la noche anterior, aprovechando hasta el último minuto para repasar.

Siguió caminando en dirección al aula, pero el pasillo parecía no tener fin. Caminaba y caminaba, pero nunca llegaba a su destino. Desconcertada, se percató de que no solo los pasillos se hacían interminables, sino que aparecían ante ella rincones que nunca había visto. Se extendían ante sus ojos rectos pasadizos que se bifurcaban, que se curvaban en ángulos ocultos, galerías infinitas, circulares, secretas, que recorría una y otra vez sin encontrar respuesta.

Entonces, cayó en la cuenta de algo: estaba en un laberinto. ¿Sería un sueño? O, mejor dicho, ¿una pesadilla? Todo era demasiado real, aunque a la vez ficticio. No era capaz de explicar el mundo maravilloso que se desplegaba ante ella. Ensimismada con esta realidad

ilusoria, olvidó por completo su verdadero propósito: el examen.

Era como si todo hubiera dejado de existir, excepto ella, ella y el laberinto. Era como si el tiempo se hubiera detenido, como si no existiera, como si confluyeran pasado, presente y futuro. Sintió que ese laberinto era mucho más, significaba mucho más. Entonces, recordó algo, una frase de un libro que había leído hacía poco: «Alguna vez, los senderos de ese laberinto convergen; por ejemplo, usted llega a esta casa, pero en uno de los pasados posibles usted es mi enemigo, en otro mi amigo».

Todavía estaba sumergida en sus pensamientos, cuando atisbó a lo lejos una puerta misteriosa. Se acercó nerviosa sin saber qué podía encontrarse detrás. Lentamente, la abrió. Una luz cegadora la paralizó. Cuando sus ojos se acostumbraron, entró decidida. Lo primero que divisó fue un enorme espejo. Se sintió atraída hacia él, así que se acercó. Se dio cuenta de que algo raro ocurría. Un momento... ¿Quién era esa persona que estaba reflejada? Desde luego, no era ella. Era una señora entrada en años, que la miraba fijamente y que hacía exactamente los mismos movimientos que ella. ¿Qué clase de pesadilla era esa? Sin poder evitarlo, tocó el espejo y, de repente...

Teclaba con avidez el teclado de su ordenador. Entonces, escuchó unos golpes y la puerta se abrió. Al otro lado, una de sus compañeras le sonreía.

—Hola, ¿qué tal? Solo venía a recordarte que nos vemos después de tu clase en la cafetería de al lado.

—Sí, tranquila, no se me ha olvidado.

—Perfecto. ¿Qué hacías?

—Estaba escribiendo un relato. Es un relato sobre mí, pero con tintes fantásticos y un poco borgianos. Justamente, ayer lo vimos en clase.

—¿Vas a publicarlo? —le preguntó.

—No, este no. Este es solo para mí —le contestó con una sonrisa nostálgica.

Miró el reloj. En diez minutos comenzaba su clase. Su última clase...

Contempló una de las fotografías que adornaban su escritorio. Una joven sonriente el día de su graduación le devolvía la mirada. No podía evitar verse reflejada en ella. Al fin y al cabo, seguía siendo la misma: la del pasado, la del presente y la del futuro. Era esa chica llena de miedos e inseguridades, era la mujer que había luchado para conseguir el trabajo de sus sueños y, ahora, estaba a punto de jubilarse, de abandonar aquel lugar tan especial, esa Facultad en la que había sido tan feliz y que le había permitido desplegar todo su potencial.

Entonces, salió de su aletargamiento. Dejó todo lo que estaba haciendo, cogió sus libros y salió de su despacho.

Caminaba pensativa por los pasillos de la Facultad. Cruzó uno de los patios del edificio que estaba engalanado con una exposición en la que se conmemoraba el Centésimo Aniversario de la Universidad de Córdoba. Echó un vistazo rápido a las fotos que la ilustraban, mientras intentaba avanzar por los pasillos abarrotados

de alumnos. Vaya casualidad, ¿verdad? Y ella, justamente, ese año se jubilaba...

Entonces, como le había ocurrido muchísimos años atrás, los nervios la invadieron. Era su última clase...

Un minuto después, llegó a su destino. Dejó todos esos pensamientos atrás, esbozó una enorme sonrisa y entró:

—Buenos días, chicos, hoy continuaremos con...

Entonces, la puerta se cerró.



## ¿Alguna pregunta?

TERESA ZURDO GIL

*Accésit*

Faltaban diez minutos de clase cuando apareció el primero. El profesor lo observó por el rabillo del ojo mientras escribía en la pizarra la última edición revisada de la *Divina Comedia*. Era un joven con barba oscura y poblada que se sentó al final del aula con los brazos cruzados y una sonrisa en los labios. Le siguió una pareja que tomó asiento a su lado, y una chica con una coleta rubia que le llegaba hasta la cintura. Ninguno saludó ni pidió permiso para entrar. El profesor terminó de escribir y trató de seguir el hilo de la explicación.

Un minuto después entraron dos chicas con la mochila colgando a la espalda como si la clase acabase de empezar. Le siguió un joven treintañero con boina gris que realizó una leve inclinación de cabeza al entrar. Todos tomaron asiento en la última fila sin mostrar ningún tipo de extrañeza ni un atisbo de duda. No podía estar pasando. El viejo profesor comenzó a sudar debajo de la chaqueta que su mujer le había planchado, como

todos los días durante los últimos cuarenta años. Tres chicos más acababan de entrar en el aula y, al no tener asientos libres, optaron por quedarse de pie al fondo. Los alumnos de primero, con su rostro barbilampiño, sus sudaderas de colores y sus peinados modernos, observaban con curiosidad aquel tránsito inusual en una clase de Literatura del Renacimiento.

El profesor tragó saliva y trató de mantener la compostura, aunque su pulso se había acelerado y le faltaba el aire. Empezó a sentirse como uno de los condenados en el último círculo del infierno que despertaba tanta compasión en Dante. Con el dedo índice se aflojó el nudo de la corbata de lunares amarillos. Reconoció algunas caras entre el público, lo que significaba que sus peores pronósticos se estaban cumpliendo. Continuó hablando de la subida de Dante al monte Purgatorio, en la que tuvo que ser ayudado por Virgilio. Notaba todos aquellos ojos sobre él, que nunca había logrado quitarse la timidez a pesar de los años de docencia. Las manos empezaron a temblarle como el primer día que se subió a la tarima como un joven becario de investigación de una tesis sobre la *Divina Comedia*. Formó parte de las primeras promociones que se graduaron en Filología Hispánica en la Universidad de Córdoba y años después volvió para trabajar como profesor. Todavía recordaba los nervios agarrándole el estómago antes de entrar en el aula, las miradas expectantes de los estudiantes desde los pupitres, la emoción al hablar

de Dante por primera vez a un grupo de alumnos como aquellos.

Los minutos seguían corriendo y no paraba de entrar gente en el aula. Cada vez había más personas mirándolo sin decir nada, como si fuese lo más importante que ocurriese en la Facultad aquel jueves caluroso de mayo. Pensó en los miles de alumnos que habían pasado por sus clases en ese tiempo, en las horas de tutoría, las conversaciones en el pasillo, las preguntas que le hacían plantearse nuevas cuestiones. Los años no le habían quitado su carácter introvertido, pero tampoco la pasión que desprendía al hablar de su poeta italiano favorito. Era una fascinación que le acompañaba desde que era estudiante y leía los poemas de *La vida nueva* sentado en las escaleras de la Facultad. Por eso no se cansaba de explicar una y otra vez a los alumnos que eran ellos los que realizaban el viaje a través del infierno guiados por Virgilio. Que eran ellos los que lloraban la temprana muerte de Beatrice, los que se encontraban perdidos en mitad del camino y tenían que atravesar la columna de fuego para encontrarse con su amada y llegar al Paraíso.

Para entonces, el aula estaba llena de espectadores que lo observaban con atención. Reconoció a Fernando, su compañero de despacho, a Sara, a la que había dejado un libro la semana anterior, a Natalia, de la limpieza, y a Ramón, al que había hecho una carta de recomendación. Estaban algunos doctorandos y el grupo de estudiantes que le habían pedido ayuda para leer a

Dante en italiano. Le entró el pánico al ver que uno de ellos sujetaba un bulto envuelto en papel entre las manos. Incluso Rafa, el conserje con el que tantos cafés había tomado, estaba allí pegado a la pared. ¿Cómo se habían enterado? No se lo había dicho a nadie. Esa mañana había entrado en su despacho a primera hora como un día normal, tratando de no levantar sospechas. Había revisado un artículo que iba a enviar a una revista, había devuelto un par de libros a la biblioteca y a media mañana desayunó su barrita con tomate antes de dirigirse a clase.

Pensó en alguna forma de escapar del aula, pero tenía pocas opciones. Tal vez, si era lo suficientemente rápido, podría salir antes de que se lo impidieran. Si conseguía recoger sus cosas sin que se dieran cuenta, podría marcharse. Pero antes tenía que acabar la lección. Carraspeó y pronunció la frase con la que acababa todas sus lecciones.

—¿Alguna pregunta?

Hubo un silencio expectante. Todos los ojos estaban centrados en él. Algunas caras de los de primero sonreían, otros miraban a su alrededor con curiosidad, sin entender lo que pasaba. Para entonces, ya no cabían más alumnos y ocupaban la entrada del aula y el pasillo. Anunció que había sido un placer, que aquella era su última clase y se sentía muy afortunado de haber sido su profesor. Se despidió intentando ocultar el temblor de su voz y cogió el maletín. Fue consciente de que nunca más volvería a hablar sobre Dante subido a

aquella tarima, que no volvería a entrar en el aula como profesor.

A pesar de que agachó la cabeza y trató de abrirse camino entre la multitud, no le dejaron escapar. En cuanto terminó de hablar, una salva de aplausos fue la respuesta a todos sus años de docente.



## El examen

KRYZIA TORRES SUMARI

Me lavo la cara con agua. Está helada. Odio el agua helada, pero no hay agua caliente. Al menos no aquí. Intento no regresar a casa tan rápido, el aire está frío, yo tengo la cara y las manos con agua helada y no me sorprendería si me convierto en hielo ahora mismo. Solo son diez pasos para regresar a casa, aun así, los calculo milimétricamente para no convertirme en una estatua de hielo. Soy dramático, lo sé. Lo dice mucho mi madre.

Ha preparado el desayuno. Me dice que todo irá bien, que esté tranquilo. Yo estoy tranquilo, excepto por mi pierna que se mueve frenéticamente bajo la mesa.

Mientras me alisto para el examen, mamá me pasa un termo con alguna infusión. Me dice que debo llevarlo, que me mantendrá caliente mientras estoy fuera. Le digo que no es necesario y trato de excusarme con que no tengo manos para un termo si voy a llevar mis apuntes, el celular y audífonos. A los cinco minutos, mi

madre me pasa una mochila donde cabe perfectamente el termo e incluso queda espacio suficiente para un perro labrador.

Antes de salir, mamá me da un beso y mágicamente me ha puesto dos casacas y un gorro de lana. Ninguno combina. Ahora, ya no parezco un chico que se va a convertir en hielo, ahora parezco un esquimal a punto de combatir al Yeti con una silla plegable y con una mochila de Ben 10.

Son las 8:30 de la mañana. Corro tan rápido como se puede correr con una mochila y una silla plegable al hombro. Me toma veinte minutos llegar al poste con internet que han puesto. Dicen que es rápido. Nunca lo he usado. Está demasiado lejos de casa como para usarlo todos los días. Sobrevivo en la universidad a base de datos móviles, aunque eso implique escuchar a los profesores como discos rayados y decir incoherencias porque no he escuchado una parte de la explicación.

Me siento en la silla, me pongo los audífonos y trato de ingresar a la clase. No hay nadie. Los niños de alrededor deben estar usando el internet desde sus casas y los que tienen mi edad deben estar trabajando. Lo sé porque Mateo va cada día a trabajar en la panadería del centro. Probablemente vaya a visitarlo cuando termine el examen.

—Bienvedosssss. Icosss. Faltarmutos. Prenda cama.

Logro escuchar a medias lo que dice e interpreto que el profesor quiere que prenda la cámara y que no



se refiere a que incendie mi cama. Uno nunca sabe con los ingenieros.

Cuando veo las caras de mis compañeros en pequeños rectángulos, prendo la cámara.

—Bien. Chicos. Empe. Examen. Tienen 90 minutos. Entro al examen. No carga.

Vuelvo al zoom para indicarle al profesor que me está fallando la señal. El zoom me ha sacado de clase.

Estúpido zoom.

Ahora me toca correr.

Corro por la calle sin asfaltar. Las zapatillas negras ahora son color polvo. He dejado la silla y la mochila junto al poste del internet. Ahora parezco un vaquero. Un vaquero sin sombrero ni caballo. Llego a lo alto del cerro. Los datos comienzan a funcionar.

Zoom me ha vuelto a conectar a la clase.

—Profesor —digo sin aliento—. Tengo problemas de internet. No me carga la página.

—Ramírez, le quedan cinco minutos para entrar o se bloqueará el examen.

Vuelvo a entrar a la plataforma. Carga el examen. He dejado las hojas y los lápices.

Mierda.

Me siento en el suelo. Más bien en la tierra. Apoyo mi celular en una piedra. Comienzo a resolver el examen con mis dedos como lápices y la tierra como papel.

Odio esto. Odio tener que correr para tomar los exámenes. Odio la universidad virtual. Odio las clases

virtuales. Odio tener que... Oh. No. Olviden todo. Ya tengo la respuesta de la primera pregunta. La primera pregunta de quince. Maravilloso. Tendré que pintar todo el cerro con problemas matemáticos. En un futuro les diré a mis hermanos que les dejé la respuesta de los exámenes aquí, en lo alto del cerro. Ellos no querrán subir, pero subirán porque no quieren reprobar y obviamente yo borraré esto antes de bajar.

—Ramírez, ¿por qué está tirado en el piso?

—No es un piso profesor. Es tierra. No tengo internet. En este lado sí hay internet para que pueda prender la cámara.

—Eso no me explica por qué está pegado al piso. ¿La señal es mejor si se tira al piso? —El profesor sonríe, no de mala gana o burlándose (o al menos eso puedo observar en el pequeño rectángulo donde está su cara). Solo le gusta hablar conmigo porque, como dijo aquella vez que me habló a solas, tengo un increíble cerebro que lo uso para ser dramático. Bueno, no dijo eso exactamente, pero sí dijo algo parecido.

—No. Pero no tengo lápiz ni papel. Hay tierra y tengo dedos. Debo improvisar.

—No cabe duda que es usted un estudiante responsable. Será un excelente ingeniero. Ya lo verá. Siga resolviendo su examen, no lo molesto más.

Sonrío.

Me dijeron varias veces eso: estudiante responsable. Mi madre y quienes me conocen saben que no lo soy. Solo soy listo. Lo suficientemente listo para prestar

atención en clase y así no tener que estudiar para los exámenes. Soy lo suficientemente listo como para buscar becas desde que entré a Secundaria. Soy lo suficientemente listo para empezar a estudiar aún más en tercero de Secundaria. Soy lo suficientemente listo para saber que mis profesores no revisaban las tareas y no perdía el tiempo haciendo algo que ni ellos ni nadie leía. Soy lo suficientemente listo para quedar en el décimo superior sin saber muy bien cómo yo (el dramático, vaquero sin sombrero, peleador de Yetis, estudiante responsablemente irresponsable) había llegado a ser segundo puesto de la promoción (la chica a la que le quité el puesto me quería matar). Soy lo suficientemente listo para obtener una beca y tener una mejor educación. Amo aprender. Odio estar tirado en el piso. Odio no haber traído el termo porque ahora me estoy congelando. Odio no tener lápiz. Odio... Olvídenlo, ya tengo la quinta respuesta. Pero también soy lo suficientemente estúpido para pensar que en marzo del año pasado me iría a otra ciudad a conocer nuevas personas y vivir en una residencia universitaria. Soy lo suficientemente estúpido para pensar que en segundo ciclo conocería el campus. Soy lo suficientemente estúpido para pensar que en tercer ciclo conocería los laboratorios, profesores y a mis compañeros. Soy lo suficientemente estúpido para pensar que todo esto pasaría rápido porque la gente no es estúpida y sí se cuidaría para que el virus no se expandiera.

El profesor pregunta si estoy bien. Le digo que sí, aunque ni yo lo sé. Terminó el examen antes del tiempo establecido. Doy vueltas alrededor de lo que escribí en la tierra. Todo parece correcto. Envío el examen. Apruebo.

Tal vez sea lo suficientemente listo para aprobar. Tal vez sea lo suficientemente estúpido para tirarme en la tierra y ahora parezco más un caballo que un vaquero. Tal vez sea lo suficientemente listo para no rendirme.

## ¿Recuerdas cómo era entonces?

ÁNGEL AGUILERA MARTÍN

—¿**R**ecuerdas cómo era entonces?  
—¡Claro que me acuerdo! —dijo el anciano mientras se colocaba la corbata alrededor del cuello, calculando meticulosamente la longitud que debía dejar para cada pala— ¡Sobre todo recuerdo el miedo!

—Anda que... ¡Siempre fuiste un quejica!

—¡*Pa* ti es fácil decirlo! Saliste de una clase *pa* meterte en otra. Pero imagínate yo... —dijo acercándose tambaleante al espejo—. Cinco años que no veía una pizarra; ayudando a mi padre a recoger naranjas.

Con manos trémulas, comenzó a atarse la corbata. De repente, se detuvo y alzó la vista hacia el anciano del espejo.

Toda su vida se le apareció en aquel reflejo. En sus ojos verdes vio a su padre, el naranjero que una vez por semana se quitaba el cinturón para enseñar a su hijo a ser un hombre. En sus labios, a su madre, la tendera cuyas azotainas nunca desvirtuaron su ternura; esa que

impregnaba cada caricia y cada helado que le traía del ultramarinos. En cada surco de su cuarteada piel vio la marca que algún ser querido había dejado. Y en cada cabello cano, un recuerdo oxidado que daba sentido a quien era en ese momento; algunos, de esos que calientan la voluntad, otros, de esos que la resquebrajan. Hacía un esfuerzo por no pensar en...

—¿Hola? ¿Sigues conmigo? —dijo el joven que lo miraba sentado a los pies de la cama.

El anciano volvió en sí y, asintiendo, reanudó su batalla con el nudo de la corbata.

—Oye, ¿y te acuerdas del primer día?

—¿No me voy a acordar? Si a la entrada había más grises que alumnos.

—¡Ya te digo! —afirmó el joven con una risa estertórea— ¿Te acuerdas de aquel chaval que repartía folletos en los lavabos?

—Recuerdo sobre todo el día que se lo llevaron en *mitá* de clase.

—Ya... Pobre... Pero él sabía que se la estaba jugando.

—Sí, bueno. Nosotros también nos la jugábamos...

Ambos se dirigieron tímidas miradas de complicidad. El anciano respiró hondo y volvió a concentrarse en su tarea.

—Menos mal que ya no opero —dijo al fin tras un eterno silencio—, porque con este pulso...

—¿Y qué tal te ha ido en tu profesión? —se apresuró a preguntar el joven.

—Bueno... No me puedo quejar. Ya sabes. Nunca tuve muy clara la vocación.

—No me extraña. Después de aquella vez que tuve que ayudarte a salir de la clase cuando casi te desmayas al ver un ternero abierto...

—Calla, no me lo recuerdes —dice el anciano avergonzado—. Aunque no sé si fue por la impresión de ver aquello o por la peste a estiércol que venía de la parte *d'atrás*. ¡Qué cosa!

—¡Ya te digo! Las únicas veces que vi a mi padre subir las ventanillas del coche, ¡en verano!, ¡en Córdoba!, fueron cuando pasábamos por allí.

Entonces, el anciano empezó a reír como hacía mucho que no reía. Una de esas risas en las que cada carcajada anima a la siguiente hasta que, como la vida misma, se va apagando hermosa y lentamente como un brasero.

—Me rindo, ¡no *pueo* con esta cosa! —se resignó finalmente el anciano, exasperado, agitando la corbata como si fuera un látigo.

—A ver, déjame, abuelete... —dijo el joven levantándose rápidamente.

Se acercó y comenzó a anudarle la corbata moviendo los dedos de forma fluida, como si toda su vida hubiese entrenado para ese momento, pero despacio, tomándose su tiempo, dedicando fugaces miradas al anciano, como si quisiera memorizar cada segundo, cada contacto. Y una vez terminado, mantuvo sus

manos acariciando la seda de la corbata con los dedos, mientras con el reverso rozaba la camisa.

En todo ese tiempo el anciano no pestañeó una sola vez. Recorría con ojos vidriosos cada milímetro del rostro del joven, hasta que, pasados unos minutos, sus miradas coincidieron.

—Te he *echao* de menos —dijo el anciano con voz ahogada.

El joven apretó los labios, esbozó una amplia sonrisa y asintió.

Toc-toc.

—Papá, ¿estás listo? Vamos a llegar tarde —anunció una mujer de mediana edad abriendo la puerta—. ¿Con quién hablabas?

El anciano levantó la vista, aún húmeda, hacia su hija.

—Con nadie, cariño —respondió con una sonrisa forzada—. Ya nadie —añadió para sí.

Cuando bajó a la calle, su hija y su yerno lo esperaban en el coche. Le ayudaron a montarse en el asiento trasero y, en cuanto se cerraron las puertas, el motor arrancó.

Las calles, los comercios, los peatones, los otros coches pasaban de largo por la ventanilla mientras el anciano los miraba sin ver nada. Para él eran meras figuras borrosas; llenas de color, pero vacías de significado. ¿Cómo el mundo real podía serlo menos que lo que acababa de experimentar? ¿Cómo aquellos ojos,



aquella boca podían presentarse más vívidamente que el paisaje al otro lado del cristal?

Pero, sobre todo, no dejaba de resultarle curioso que, tras tantos años sin pensar en él, hubiera escogido justo aquel día para aparecer.

Minutos después, el coche se detuvo y, de forma instantánea, el anciano revivió aquel primer día de hacía cincuenta años. La antigua Facultad de Veterinaria se erguía ante él, como un portal a un pasado que amaba y odiaba por igual. Sus jardines, sus arcos de herradura, su fachada de ladrillo, aquel califal frontispicio que rezaba el que sería su destino durante los años posteriores. Sin saber por qué, se sorprendió a sí mismo pensando cuán importante había sido aquel lugar para su vida y, sin embargo, cuán insignificante había debido de ser él para el edificio, cuyo corazón habría de albergar miles de historias diferentes en las décadas siguientes.

Entró acompañado de su familia por la puerta principal y, sin necesidad de pedir indicaciones, se dirigió directamente al salón de actos.

Cómo llegó a su asiento en el escenario, no lo recordaba. Solo recordaba avanzar a trompicones entre saludos entusiastas de desconocidos. Desde su posición, observó a las personas que había sentadas. La mayoría eran más jóvenes que él, incluso había algunos niños. Entre el gentío vislumbró pocas caras conocidas: antiguos compañeros, familiares, algún nieto que se preguntaba,

al igual que él, qué diantres hacía allí. Finalmente, detuvo su mirada en una butaca vacía del fondo y su mente volvió a aquel muchacho que, de no ser por el infortunio, podría haber estado ocupando ese hueco. Su sonrisa, sus amistosas provocaciones, sus bromas desenfadadas. Sus ojos azabaches que, sin decir nada, tentaban cada una de sus fibras y le empujaban a ser él mismo.

De repente, una voz que hasta entonces solo había sido un murmullo lejano, interrumpió su fantasía:

—... Dígame, ¿qué le parece? —preguntó la presentadora del evento.

—Perdón —se disculpó avergonzado—, me ha *pillao distraío*.

—Le he pillado en el limbo, ¿no? —añadió la presentadora con una risa.

—Más bien en el cielo —corrigió en voz baja—. Disculpe. ¿Qué decía?

—Les decía a nuestros invitados que, como parte de este evento, estaría bien recordar un poco aquel año 72, cuando se inauguró esta *alma mater*... —recondujo la presentadora—. ¿Recuerda cómo era entonces?

El anciano apretó los labios, esbozó una amplia sonrisa y asintió.

## El banco

RAQUEL ÁVILA PIÑUEL

Hola. ¿Me recuerdas? Soy el banquito de piedra de en frente de tu Facultad. Aquel sobre el que te sentaste antes de la jornada de puertas abiertas, cuando aún estabas en Bachillerato. ¿Te acuerdas de mí? Yo, la verdad, de ti, sí. No hablabas con nadie, pero mirabas a la puerta de aquel enorme edificio de ladrillo con ansia, con miedo... y con algo de deseo. Cogías aire muy despacio y esperaste mucho tiempo antes de decidirte a entrar. Estuviste allí dentro por lo menos dos horas, pero, cuando saliste, supe por el brillo de tus ojos que te volvería a ver.

No sé si aún te acuerdas, pero soy el mismo banco en el que apoyaste la mochila tu primer día de universidad, cuando aún caminabas sola. Te aseguraste de que llevabas la libreta marrón, el bolígrafo y la botella de agua. Esta vez no tardaste tanto en entrar. Soy también el mismo banco en el que charlabas horas después con algunas personas que aún no conocías cuando apareció

Luci. «Perdona, te has dejado el cuaderno», dijo, con tu libreta marrón en la mano. Después de ese momento nunca os volví a ver solas.

Soy yo, el banco que vio comenzar aquella larga amistad. Sobre quien pasasteis los recreos, donde os abrazasteis en invierno y en el que apoyasteis las chaquetas cuando se acercaba la primavera. En donde os vi crecer a ti y a las demás.

Sé que me recuerdas, porque soy el banco en que quedabas con ellas para beberte el café de avellanas de la máquina de la Facultad. «Este es el único lugar del mundo en el que lo venden», decías, y luego lo alargabas todo lo posible antes de volver a entrar. Cuando asomaba el sol, sabía que a la hora de la comida apareceríais Luci y tú para sentaros a comer sobre mí, porque «quién sabe cuándo volverá a llover». Soy el banco alrededor del que dabas mil y una vueltas con los apuntes en la mano y las ojeras hasta el suelo antes de cada examen. Sobre el que te tumbabas cuando acababas el curso y cantabas victoria por otro año más. Al que te subías para que llegaran más alto los carteles que colgabas a favor de la libertad. Y en el que te desplomabas llorando en los brazos de ellas cuando la vida te superaba y había que soltar.

No sé si me añoras, pero yo sí te eché en falta el año que marchaste a estudiar a otro país. El invierno se hizo largo y no había gotas de café sobre mi piedra que me recordaran que estabas aquí. Me preguntaba a menudo si habría otro banco, igual de madera, sobre el que te sentaras allí donde estuvieras en los descansos

entre clase y clase. Sé que no soy el único que te echaba en falta. Ellas también te recordaban en cada mañana de examen donde no aparecías para recitar el ritual de la suerte. Y cuando Luci comía sobre mí, tardaba un poco menos en marcharse. Qué felices estaban el día que volviste. Aún recuerdo tu espalda sobre mi piedra cuando te lanzaron sobre mí para darte entre todas un abrazo. Se te veía tan mayor... Supongo que lo recuerdas, pero es en mí donde les confesaste tu miedo a comenzar el último año, el vértigo a crecer, la incertidumbre del *qué vendrá después*. Quizá fue imaginación mía, pero colocaste sobre mí una mano y supe en tu caricia que tú también temías el momento en que tuviéramos que decir adiós.

Sí, soy el banco sobre el que brincaste el día que terminaste tu último examen, y en el que explicaste a mil personas distintas la increíble idea que tenías para el TFG. Es en mí donde pasabas las horas con el ordenador escribiendo tu trabajo, y en el que esperaste con la misma mirada nerviosa de hacía años, antes de presentarlo ante el tribunal. También donde te esperaban ellas a la salida para asegurarse de que te había ido bien.

¿Me recuerdas? Soy el banco sobre el que se sentaron los años que te vi que crecer. Aquel en el que os apoyáis Luci y tú con esos vestidos preciosos en vuestra foto de graduación. Soy ese frente al que te paraste el día que te fuiste, cuando todos marchaban, pero tú necesitabas unos segundos sola para decir adiós.

Soy el banco al que no mirabas cuando te despediste, pero el único que escuchó tu promesa de regresar.



## La teoría Expresso

ALBA MARCOS GUERRA

Para se ríe mientras defiendo mis argumentos. Le hablo de lo que llamo «la Teoría Expresso», y de mis cuatro años de demostraciones empíricas, que sostienen mi alegato... aunque gracias a Dios (más bien gracias a mi director de TFG) lo hago con una cerveza (y no con un café) en la mano.

La Teoría Expresso viene a ser algo como «La ingesta de café es un fiel reflejo de la situación emocional del estudiante universitario. Entre la ingesta y el estado del alumno se refleja una relación inversamente proporcional». Y antes de que tú también te eches a reír, permíteme una explicación. Todo se resume en dos sencillas proposiciones:

Cuanto más oscuro, menos calma.

A mayor cantidad, menor prisa.

Todos nos adentramos en el impresionante mundo universitario con los ojos y los brazos abiertos, (generalmente a nuevas personas con las que esperamos

acabar saliendo de fiesta), y aunque se supone que somos formalmente adultos, yo nunca he podido dejar de vernos (a mí y a mis compañeros) como simples prototipos que no terminan de adquirir la autonomía que se les requiere.

Yo inicié esta aventura sabiendo dos cosas: que conocería por desgracia la ansiedad, y que en algún momento me sentiría totalmente perdido. Lamentablemente no existe la carrera de Ciencias del Adivinamiento, así que decidí cursar un grado en Ingeniería Forestal.

—Entonces, según tú, la forma en que un estudiante toma café dice mucho de cómo se siente, ¿no? —Sus cejas se arquean al tiempo que inclina la cabeza.

—Te lo juro, tía. Cuando estábamos en primero desayunabas en casa, ¿verdad? Te despertabas temprano, una ducha caliente, desayuno, mochila y al campus. ¿Me equivoco?

Ella asiente. Le pego un trago a la cerveza y continuo, bastante exaltado. Aunque es una tontería, y como teoría tiene un total de cero unidades de rigor científico, expresarla en voz alta me da un poco de pánico (aunque a estas alturas Lara no va a escandalizarse... una tontería más, una menos...)

—Pues yo también. ¿Y sabes por qué? —No le permito ni abrir la boca para contestar—. ¡Porque para nosotros todavía no existía la ansiedad! El primer año siempre es más bien introductorio, así que todo sucede dentro de una relativa paz. ¿Pero y el segundo año? ¡Ahí empieza el caos!



Lara suelta una risilla y me da la razón. Lo sabe perfectamente, porque lo vivimos juntos. Aunque al principio no hablábamos mucho, nos preocupábamos el uno por el otro y siempre nos las arreglábamos para comer en la misma mesa. Terminamos, casi a la fuerza, llevándonos bien (otra cosa que agradecer a la Facultad, vaya).

—Dime una cosa, Larita.

—A ver. —Endereza la espalda y se reclina hacia atrás, supongo que esperando algún comentario bobo, gracioso.

—¿Cómo desayunabas hace dos meses?

Me mira con mayor confianza, entendiendo ahora adónde quiero llegar.

—No desayunaba, por lo general. Si acaso comía algo entre clases, pero en casa era tomarme el café y salir corriendo... —Se queda pensativa unos segundos, después me mira y suelta una carcajada—. Eres un idiota, ¿esa es tu gran teoría?

—¡Eh, un poco de respeto! Eso no es todo. —Me hago el ofendido (creo que no me sale muy bien, las personas ofendidas no suelen reír a carcajadas).

—Entiendo el punto de la cantidad entonces, porque te haces el café justo para tomarlo de un trago, pero —agarra su botellín y da un trago— ¿cuál es el punto con el color?

—Pues que cuando entras en la vorágine de entregas, exámenes y estrés, el café se vuelve negro y amargo: tardas menos tiempo en prepararlo, y sabe tan mal

que o te despierta la cafeína o te despiertan los chillidos de tus papilas gustativas. —Cierro los ojos alzando las cejas, en señal de triunfo absoluto, y me recuesto en la silla.

Lara sigue riendo.

—Aunque como teoría casi diría que es buena, espero de corazón que hayas escrito algo mejor que esto en el TFG, cielo... —Sacude la cabeza, apurando su trago—. Ay, ha sido divertido.

Hago un gesto de burla mientras se pide otra. Aprovecho que he terminado oficialmente todas mis obligaciones estudiantiles y hago lo mismo.

Sigo sintiéndome un prototipo de adulto. No me veo más serio, no estoy menos perdido, y la barba no me queda mejor que cuando tenía dieciséis años (una desgracia, porque podría estar guapísimo con ella). Por una parte, haber terminado la carrera me hace pensar que el camino hacia la estabilidad es más corto que hace unos años, y eso me permite estar tranquilo; por otra, me muero de miedo al pensar en lo que pueda venirme ahora. Creo que nada va a igualar la vorágine de eventos de estos últimos años, tanto en lo bueno como en lo malo.

He aprendido a manejar la ansiedad, pero ¿qué se hace con la incertidumbre? Supongo que sentirla, y ya está. No sé qué va a pasar en unos meses, no sé si sabré defender bien mi propio Trabajo de Final de Grado, ni si tendré a Lara a mi lado un año más...

Nos traen las bebidas.

Nos miramos, brindamos, y reímos.

Sé que me llamo Marco, que tengo 23 años (¿es esto luchar contra la incertidumbre?); sé que me alegro de haber terminado por fin con las fechas y los trabajos casi inabarcables y sé que nunca, nunca más, voy a tomar café expresso.



## Nadie sabía nada

HELENA MORENO CASTRO

**P**erdida entre la gente que se subió al tren de las ocho menos veinte el 8 de febrero de 2021, con el sol todavía sin salir y la temperatura rozando los cero grados centígrados, yo tenía un secreto. Y nadie sabía nada.

Se fueron acumulando estudiantes frente a la puerta del aula de Ciencias conforme pasaban los minutos. El examen comenzaba a las 9 y decenas de ojos nerviosos comenzaron a rodearme, algunos conocidos. Me hablaban y respondía, temblando de frío, mientras seguía guardando mi secreto. Quizás bromeara al respecto. Pero nadie sabía nada.

Entramos al examen en un aula con las ventanas abiertas, y seguía pensando en que nadie sabía nada. Y me hacía querer llorar. ¿Cómo podían no darse cuenta de mi secreto, que apenas tenía unas horas de antigüedad, para acto seguido correr a auxiliarme entre lágrimas? Me callé y sonreí a mis amigos al sentarme en

la silla plegable mientras intentaba recordar algo de lo que me iba a examinar. Yo solo era capaz de recordar la puerta de mi piso de alquiler abriéndose cuando ya lo tenía todo decidido, los pensamientos que planeaba tener, el olor dulzón que iba a caracterizar esa noche, las canciones que iba a escuchar y los correos programados en la bandeja de salida.

—Oye, ten cuidado, que te has dejado el gas abierto. —dijo mi compañera de piso, entrando en mi habitación.

—¿Ah sí? —respondí, entre las mantas y con lágrimas en los ojos. —Qué raro. No me había dado cuenta.

—No te preocupes, ya lo he apagado. Suerte con el examen de mañana.

Pero ahora todos esos pensamientos daban igual, daba igual mi secreto. Me levanté a por folios. Repartieron el examen. No recuerdo ninguna de las preguntas, solo recuerdo llorar. Pero allí estaba.

Nadie sabía que me había intentado suicidar hacía unas horas.

Hasta este momento en el que estás leyendo esto, nadie sabía nada.

## Nacimiento filosófico

IGNACIO MOLINERO MOLES

Aún no daban las once cuando salía de la biblioteca a paso ligero. A la par que me distanciaba de la puerta de la biblioteca aumentaba el acaudalado flujo de tribulaciones mundanas que padece cualquier persona víctima de los glucocorticoides. Me hablaba a mí mismo en segunda persona para recordarme los quehaceres.

—Todavía tienes que redactar dos memorias de prácticas. No te olvides que tienes que entregar el ensayo antes de las diez. Se te había olvidado que tienes que estudiar para la prueba de Inmunología. También tienes que recoger a Carmen del colegio y hacer los macarrones... ¡Joder! —Exclamé en tono semisusurrante al olvidar que ya estaba fuera de la biblioteca—. Tienes, tienes, tienes... ¿Tengo que hacer algo realmente?

El primer paso que salía del pasillo a la entradilla de las escaleras venía acompañado de la liberadora respuesta: “No tengo que hacer nada”. Por primera vez

desde la vuelta a la presencialidad me detuve a observar con detenimiento la fuente, el lejano paraninfo, los rabilargos saltando como si jugasen a la rayuela y el danzar de los algarrobos movidos por el director de orquesta que es el viento. Me hipnotizó la bóveda celestial, que me hizo recordar las cristalinas aguas de las playas de Huelva. Ver aquel paisaje me llevó a unas palabras que resonaron en mi interior. Era un profesor recordándonos que este año era el cincuenta aniversario de la Universidad. Pensar que hace cincuenta años todo aquello no era como lo veía, me dijo que todo lo que me preocupaba carecía de importancia si lo miraba con perspectiva.

Decidí en ese momento quedarme sentado en las escaleras de la entradilla y tomar un poco el sol en lugar de volver a encerrarme en la biblioteca. Apreciar un rato más este paisaje y dejarme hornear por el sol no me vendrá nada mal. Al sentarme, recordé un seminario de Bioética que se me había impartido esa misma semana. Y, en un instante, mi cerebro se desconectó de la realidad para volver a mis adentros.

—¿Por qué tratan al humano como único agente moral? ¿Acaso no hay un espectro continuo en la consciencia como sí lo hay en la capacidad de sentir dolor? Si utilizásemos un aparato de resonancia magnética funcional con un chimpancé de la montaña y viésemos una activación parecida a la nuestra en la corteza prefrontal y en la corteza del cíngulo anterior, ¿diríamos que el infanticidio que cometen es algo inmoral?



Lleno de interrogantes, detuve esta línea de pensamiento al ver pasar a mi amiga Marina. Marina había sido en alguna ocasión víctima de mis monólogos. Era de apreciar que siguiera juntándose conmigo a pesar de que estos no fuesen del agrado de casi nadie.

Aunque no fuese parte de su trayecto, Marina se acercó a mí y me preguntó si llevaba bien el cuatrimestre. Tras intercambiar unos formalismos se despidió de mí y se dirigió al destino que había retrasado mi presencia. En lo que se iba Marina, volvieron los pensamientos como si aquella interacción social hubiese sido la tregua entre los alemanes y los ingleses y con su marcha volviesen ambas partes de mí a las trincheras del diálogo interior.

—¿Qué pasa con los leones? También cometen infanticidio. ¿Están haciendo algo inmoral? ¿Me estaría yendo demasiado lejos si pienso en gorriones? Estos también cometen infanticidio, pero no creo que los gorriones tengan tan desarrollado el cerebro. ¿Cuándo podremos crear modelos matemáticos que describan el grado de conciencia?

De lejos escuché mi nombre de pila en un tono alegre que me volvió a sacar de aquel lugar sin extensión. Era mi amiga Nuria, una amistad reciente que había conocido estando ya en la universidad. Habíamos hecho muy buenas migas. Tanto era así que me regaló por mi cumpleaños los trabajos filosóficos esenciales de mi pensador favorito: Hume.

—¿Qué haces ahí tú solo? ¿No tienes clase ahora?  
—preguntó Nuria amenazante.

—Sí que tengo, pero no voy a ir.

—¿Y eso? ¿Ya andas saltándote clases?

—Aprendo mejor yo solito —respondí elocuente.

—Lo que tú digas. Pero cuando tengas más faltas de la cuenta, ya me dirás que te arrepientes de no haber ido, ¿o no? —replicó Nuria haciendo un ademán desaprobador.

—Pues seguro.

—Ya no me debates, ¿eh? Sabes que tengo la razón.

—Hay batallas que es mejor no pelear.

—Hablando de tener la razón, ¿cómo llevas el libro que te regalé?

—Pues la verdad es que lo he estado consultando bastante porque últimamente le estoy dando vueltas al tema de la existencia de la realidad —respondí con la misma expresión que emplearía un comercial de aspiradoras, queriendo vender, en este caso, un tema de conversación—. Verás, normalmente la damos por hecho, pero, ¿tenemos argumentos para aducir su existencia?

—¡Qué interesante! Oye, me tengo que ir, pero cuando te vea quiero que tengas ordenados los pensamientos sobre la existencia de la realidad, ¿eh? Ahí llevas tarea para casa.

Casi al instante de la partida de mi amiga, caí en aquel no-lugar del que provenían todas aquellas dudas. Y, esta vez, casi sin esfuerzo, cogí el hilo de su conversación interior doblemente interrumpida.

—¿Son el gorrión o el león libres de matar a sus crías? ¿Será que aquel chimpancé no tiene elección en matar a los infantes de su tribu tampoco? ¿Soy yo libre de pensar lo que pienso? ¿Por qué pienso que decidí quedarme un rato en lugar de volver a entrar a la biblioteca? ¿Acaso realmente decidí quedarme? ¿No fue, acaso, que los pensamientos que tenía reconfiguraron mis deseos y que la aparición del pensamiento de quedarme en el patio me pareció ahora más atractiva? ¿No son, acaso, así todos los pensamientos y cambios de opinión que tengo? Cuando pienso que detuve mis pensamientos para saludar a Marina, ¿los detuve yo, o simplemente hubo una aferencia sensorial que presionó el gatillo para disparar otros pensamientos? Si estos pensamientos simplemente aparecen en mi cabeza, ¿son de mi autoría? ¿Cómo podría, acaso, elegir yo lo que hago? Si tuviera un alma, ¿sería entonces libre? ¿Debería haber elegido mi alma para ser libre? Y esa elección de alma, ¿sería libre?

Y en aquel momento me di cuenta de dos cosas: que no tenía argumento alguno para el libre albedrío y que, al igual que con la existencia de la realidad, no me valía con asumirla. Las dos afirmaciones requieren unas evidencias que no tengo.

Tras estas contracciones mentales —de las que Marina y Nuria no habían sido sino respiros de tregua—, acababa de presenciar mi propio nacimiento, mi nacimiento filosófico. Siendo consciente de esto, cambié de tercio.

—¿Habrá pensado esto más gente además de mí? ¿Cuántas personas habrán vivido esto que estoy viviendo yo en estos 50 años de historia de la Universidad de Córdoba? ¿Seré de los pocos filósofos que puedan afirmar con orgullo que nacieron aquí? Podríamos decir: la Universidad de Córdoba, paritorio de pensadores y curiosos. Aunque eso no suena muy bien. Digamos mejor: La Universidad de Córdoba, cuna del conocimiento y la curiosidad.

Mientras pensaba esto en voz alta me levantaba y caminaba de vuelta a la biblioteca desde las escaleras de la entradilla, mi lugar de nacimiento.

## La cámara secreta

BLANCA GARCÍA JURADO

—¿Vosotras creéis que es verdad lo que ha contado el profesor?

Las cuatro amigas observaban una mariposa disecada juntando tanto las cabezas que casi se rozaban unas con otras.

—¡Qué va! Ese profesor está chiflado —dijo Blanca sentándose en la silla—. ¿Acaso no os acordáis de que el primer día quiso demostrar que la gravedad existía lanzando una tiza a la grada? —Movi6 en círculos el dedo índice en la zona de su sien.

A Laura le vino a la cabeza lo fantástico que era estudiar en ese tipo de aulas. Le recordaba a las de Hogwarts. Y sonrió. Las demás pensaron que era por el comentario de Blanca, pero solo Laura sabía que estaba deseando dejar de ser una *muggle* para que le llegara su carta vía lechuza.

—¿Y si Blanca tiene razón? —empezó Aina—. Imaginaros que el profesor de Entomología Avanzada

para el Estudio Ambiental está loco de verdad —dijo cogiendo aire. Las demás se rieron, los nombres de las asignaturas eran ridículamente largos—. Sus comportamientos son dignos de estudiar con la profesora de Comportamiento de los Animales que Habitan en Ambientes Extremos. Pero ¿y si realmente lo que nos ha contado sobre esta mariposa es verdad? A lo mejor piensa que nadie le hará caso porque pensamos que se le ha ido la olla.

—Ya, claro —dijo Lorena categórica—. ¿Me estás diciendo que esta mariposa abre una cámara secreta de esta Facultad?

Laura y Lorena intercambiaron una sonrisa cómplice.

Se escuchó un ruido de un objeto rompiéndose, parecido a cuando se parte una galleta.

—Chicas... —Blanca investigaba por su cuenta la mariposa—. Lo siento. —Su rostro mostraba una mueca de culpabilidad.

Las otras tres se acercaron para observar el insecto.

—¿No lo habéis visto todavía? —preguntó Lorena señalando la boca de la mariposa.

Todas fijaron la vista hacia el aparato bucal. Estudiaron los lepidópteros dos semanas atrás. Era normal que se hubieran olvidado de las características de aquella clase de animal. La universidad y su ilógica manera de programar las prácticas...

—¡No tiene espaguitrompa! —exclamó Blanca.

—Espiritrompa —corrigió Lorena. Y todas se rieron.

Aina alertó de que el tiempo de la sala de estudio expiró. Recogieron sus cosas y Blanca y Laura se llevaron la mariposa disecada y robada a una taquilla que compartían.

—¿Por qué alguien le habría arrancado la espiri....

—Espiritrompa —repitió Laura.

—Eso. ¿Por qué alguien se la arrancarí­a? ¿Con qué motivo?

—A lo mejor hay algún misterio detrás de esa lengua. No sé, tú eres la que quiere ser escritora, a ti se te da mejor imaginar estas cosas.

Las dos se juntaron con Aina y Lorena y se sentaron en una gran explanada cubierta de césped artificial.

—Prometedme que en primavera traeremos toallas y nos tiraremos a tomar el sol —dijo Aina cerrando los ojos hacia el gran astro.

—Podemos hacer un picnic. Seremos la envidia de la Facultad.

Blanca seguía pensando en el tema de la espiritrompa. Parecía que al final se aprendió el término. Las demás disfrutaban del sol, menos Laura, que se tapaba los ojos con las manos e insistía en que habían sintetizado suficiente vitamina D por ese día.

—Escuchadme un momento —empezó Blanca—. Cuando la mariposa no está usando la espiritrompa la enrolla en forma de espiral ¿verdad? —Todas visualizaron la diapositiva de clase y asintieron levemente.

Esperaban a que Blanca continuara hablando. Pero se levantó de un bote y corrió hacia el edificio central.

Las demás la llamaron, pero no tuvieron más remedio que seguirla, dos de ellas se malhumoraron un poco, Laura sonrió. ¡Adiós sol!

Blanca llegó a la taquilla, sacó la caja con la mariposa, atravesó el edificio y entró en otro lateral donde había los laboratorios de prácticas, ahora desiertos por el horario. Estaba como poseída por una idea. Bajó hasta el cuarto piso del sótano y formuló su teoría:

—Cuando hicimos las prácticas de Microbiología en segundo me fijé en una de las paredes próximas al laboratorio. Ya sabéis que soy muy curiosa y a veces me pierdo por ahí. —Blanca giraba la cabeza para asegurarse de que las demás la seguían. Las columnas del pasillo, como eran tan amplias, tapaban las paredes según el ángulo desde donde se mirara.

Una vez en el pasillo correcto, lo recorrieron hasta el final. Blanca se paró y contempló la pared. Las demás se esperaron a unos tres metros de distancia como si no quisieran contagiarse de la locura que Blanca emanaba por sus ojos.

—Antes Laura me ha recordado mi pasión por la escritura, por la ficción. Chicas —dijo mirándolas—, ¿cuántas veces hemos visto Harry Potter? —Laura coleccionaba Trivials que salían bimensualmente, Lorena compraba todas las ediciones de los libros que se editaban y Aina jugaba en un equipo de Quidditch, adaptado a *muggles*, obviamente—. Seré la más *muggle* de todas, pero no me podréis negar que soy igual de fisgona que



Harry con su capa invisible. —Blanca señaló con el brazo la pared.

Se acercaron y entreabrieron la boca al ver un dibujo de una espiral marrón que ocupaba casi toda la superficie.

—Cuando lo vi me cabré al imaginar unos borrachos viniendo con espráis durante la macro-fiesta trimestral. Luego recordé que no era un dibujo. —Blanca pasó la yema de los dedos por la espiral. Tenía relieve y en lo alto, en el extremo de la espira, había un molde en forma de mariposa.

—Por eso no tenía espiritrompa. —dijo Lorena en voz alta.

Blanca sacó las dos partes de la mariposa de la caja y la encajó en la pared. Un ruido surgió del centro de la espiral, que se iluminó de un verde esmeralda. Todas pensaron en Slytherin, era inevitable, pero cuando entre las cuatro empujaron la pared y entraron en aquel sitio, la casa de Hogwarts desapareció de sus pensamientos.

Todas se quedaron sin palabras. El profesor chiflado parecía no estar tan chiflado. ¿Quién iba a creer que la Universidad escondía un tesoro? Coronas, monedas, lanzas, escudos, de oro y otros metales, revestían el suelo y las paredes. Pero aquello no les llamó la suficiente atención. Era el gigantesco fósil de *Tiranosaurio rex* lo que las dejó heladas. Tan heladas que no se dieron cuenta de que la puerta se cerraba con el típico ruido peliculero. El portazo las sacó de su ensimismamiento y al girarse se dieron cuenta de que estaban encerradas.

Los gritos no traspasaron las paredes de la cámara.

Aquella sala no solo almacenaba reliquias y uno de los fósiles mejor conservados de la historia. Había una habitación con escritorios recubiertos de papeles de lo que parecían estudios de otros investigadores. Otros investigadores que Blanca no tardó encontrar.

—Chicas... Esto no os va a gustar.

Todas fueron hasta Blanca. Encontraron cuatro esqueletos tirados en el suelo. Se miraron entre ellas. A Aina se le escapó una lágrima. Lorena tocó con curiosidad uno de los cráneos. Y Laura chutó el esqueleto que tenía más cerca y dijo:

—¿Os apetece una partida? —Sacó de su mochila unas cartas Uno, ambientadas en Harry Potter, y las demás no tardaron en chutar los cadáveres para sentarse y dejar que sus yos del futuro lidiaran con el pequeño problema de la puerta cerrada.

## Vive, muchacha

MARINA SARASÚA CEREZO

La vida universitaria, según todos sus compañeros de clase, y también adultos, era diferente. Era un lugar al que la gente acudía por el mero placer de atender, de aprender, de impregnarse con conocimiento. Los años universitarios, junto a las fiestas y a las relaciones sociales que conllevaban, eran, según todo el mundo con quien hablaba, mágicos.

Carolina, a pesar de todas las recomendaciones, no sabía qué carrera escoger. La universidad a la que quería acceder celebraba un aniversario el curso en el que ella ingresaría, y el ambiente era festivo y agradable. Finalmente se decidió por Filosofía; la búsqueda del conocimiento y la verdad siempre le habían resultado interesantes.

Pensó que sus compañeros compartirían dicha afición y, aunque hizo un buen número de amigos, no llegó a encajar con ellos del todo. Su visión sobre la vida era más amplia y profunda de lo que la mayoría de los muchachos de dieciocho años conciben.

Carolina no se consideraba especial, pero no entendía por qué sus profesores se limitaban a recitar textos y a abandonar las clases con la mayor prisa posible. Ella quería entender extensivamente a Sócrates, a Platón, a Hobbes, a Kant. Necesitaba que las diferentes ideas y obras convergiesen entre ellas, guiándola hacia la verdad del universo.

Poco tiempo después de ingresar en la universidad se dio cuenta de que era un ideal inalcanzable. Se dedicó a asistir a clase y a preguntar alguna que otra vez, cuando la explicación se tornaba demasiado vaga. Pero la mayoría de los profesores parecían irritados por sus preguntas, y con el tiempo empezó a dejar de formularlas.

Pasaron el primer y el segundo curso, y Carolina cada vez se distanciaba más de sus amigos. Rechazaba las propuestas sociales y se encerraba en sí misma cada vez más.

*Solo quiero entender las cosas* se decía a sí misma mientras se tumbaba en la cama a mirar el techo, en la oscuridad de su habitación.

Cuando comenzó el tercer curso, el corazón de Carolina ya no albergaba demasiada esperanza sobre la universidad, y a veces faltaba a clase para quedarse en la biblioteca hojeando un libro que le llamase la atención, o para dar un paseo por el parque del campus, llenando sus pulmones de aire fresco.

Hubo una asignatura, sin embargo, que llamó su atención. Metafísica. El profesor que la impartía era

amable, y su barba grisácea le daba un toque bastante tierno. Se ajustaba las gafas redondas, de patas metálicas, con una automatización digna del paso de los años. Carolina descubrió que se llamaba Antonio, y desde el primer día acudió a todas las clases.

Era un concepto tan abstracto, tan diferente a todo lo que los otros profesores le habían enseñado, que no pudo sentirse atraída hacia la materia, como un cuerpo celeste que orbita en el espacio. El atisbo de esperanza de llegar a comprender los fundamentos de la realidad la extasiaba.

Las explicaciones de Antonio iban más allá de lo físico, de lo real. Le resultaba difícil entender algunos conceptos, pero eso la motivaba más. Algunos de sus compañeros se aburrieron con facilidad; otros, mostraban el mismo interés que ella.

Un día decidió quedarse tras la clase, pues era última hora. Se acercó con timidez al profesor y le explicó lo mucho que habían significado para ella aquellas lecciones. Él, levantando la vista de un montón de papeles, esbozó una sonrisa tímida.

—Mi asignatura no suele gustar mucho. Es un poco compleja, ¿no crees? —y le guiñó un ojo a través del círculo de cristal—. Algunos dicen que ni siquiera existe.

Carolina le devolvió la sonrisa y asintió con la cabeza.

—Es muy abstracta, pero siento que es una de las pocas materias de la carrera que me acerca a lo que quiero.

—¿Y qué es lo que quieres? —preguntó él, con curiosidad.

—La verdad —se limitó a responder ella.

—Esa es una respuesta demasiado vaga.

—Igual que la Metafísica.

Permanecieron en silencio unos momentos, ambos cómplices, sabiendo que se entendían el uno al otro.

—Quiero conocer la realidad de las cosas. —continuó ella.

—Hay algunas cosas que no se pueden conocer.

La respuesta molestó un poco a la estudiante, que se mordió el labio inferior para no responder de mala manera.

—Quiero acercarme todo lo que pueda. Sé que no es realista, y seguramente acabe dando clase a muchas personas que solo querrán que me calle...

Ante este comentario, Antonio dejó escapar una escueta carcajada, como si hubiese descrito a la perfección su situación docente.

—Pero quiero algo más, ¿sabe?

El catedrático asintió con la cabeza, con aire pensativo.

—La universidad es un buen lugar para conocer a gente, y aprender un poco de aquello que te interesa. Pero eso que tú buscas no está aquí. Tendrás que encontrarlo en otro lugar.

—¿Dónde? —preguntó Carolina, con angustia.

—En los libros. En la bibliografía que se propone en clase. En los demás. Dentro de ti. Pero aquí, en la

universidad, todos tenemos otras cosas en las que pensar. ¿Sales mucho?

Carolina se ruborizó ante la pregunta, no queriendo parecer una persona extraña.

—Pues deberías hacerlo —continuó él, adivinando su respuesta—. Tienes toda la vida por delante para acercarte a eso que buscas con tanta desesperación. Pero desaprovechar estos años para aprender de tus iguales, de otras personas con ambiciones e inquietudes, aunque no sean las mismas que las tuyas, sería una lástima. Hazme caso, que tengo ya sesenta años.

Carolina sopesó las palabras del profesor, dejándose llevar por sus pensamientos hacia los últimos meses, cuando había renegado una y otra vez de su vida social.

—No te digo que abandones esa búsqueda; pocos estudiantes me he encontrado con esa curiosidad que tú tienes. Pero para conocer la verdad, para entender la realidad, también hace falta vivir. Vive, muchacha. Aprende de los libros, sí. Pero aprende también de los demás y de ti misma. Este es solo el consejo de una persona que ha vivido ya demasiados años.

Y tras ese pequeño discurso, cuando sus miradas se cruzaron, Carolina entendió que aquel hombre le había dado el consejo más importante de su vida.



UCOPress  
—\*—  
Editorial Universidad  
de Córdoba



UNIVERSIDAD  
DE  
CÓRDOBA

VICERRECTORADO DE  
ESTUDIANTES Y CULTURA  
Biblioteca Universitaria